

ANT
XIX
6/1721/9

→ Término probable del Arte Músico ←

LA PRIMERA REPRESENTACIÓN

DE

LA ÓPERA

LA TORRE DE BABEL

POR

JUANO OSSÉ

Precio **UNA** Pta.

SEVILLA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE BERGALI
Calle Serpes, núm. 31

1899

R. 70.299

21 ans.



Al Excmo. Sr.

D. Eduardo de Torres

Marqués de Matallana

A sus consejos y atinadas observaciones, debe la vida este humilde trabajo. En prueba de respeto y de verdadero cariño, á usted tiene la honra de dedicarlo,

El Autor

Al Sr. D. José Campo; recuerda cariños
de su af=

José Omg

Sevilla 18 Marzo 1899

LA PRIMERA REPRESENTACIÓN
DE LA ÓPERA
LA TORRE DE BABEL

I

El anuncio de un próximo diluvio con todas sus naturales y horripilantes consecuencias, no hubiera causado en el mundo mayor desconcierto, que la siguiente gacetilla inserta en *El Buccen de Varas*, publicación melódica de gran resonancia y consagrada al estudio de la *música celestial*.

Decía el referido *Buccen* en su número correspondiente al 5 de Julio de 1876:

«Según leemos en *Los Platillos*, revista musical chinesca de las más notables, muy pronto debe verificarse en Tinh-Kinh, ciudad importante de la China, el estreno de *La Torre de Babel*, ópera en *veintidos actos y un epílogo*, escrita según los más avanzados procedimientos que el arte moderno enseña.»

Esta noticia estupenda fué una bomba que, al estallar de improviso, llevó el fuego á todos los corazones, sobreexcitando los ánimos de un modo inconcebible. Nadie de allí en adelante, volvió á ocuparse en cosa alguna útil, si esta cosa no se relacionaba de alguna manera con el hecho anunciado, y cada cual se dispuso á honrar con su presencia la solemnidad del acontecimiento, único y sin precedente en la historia del arte músico, según vociferaban los más exaltados.

Para facilitar el viaje á las infinitas personas que anhelaban presenciar el mágico espectáculo, se organizaron *Empresas*, las

cuales por una cantidad módica y en brevísimo plazo ofrecían realizarlo con todas las garantías de seguridad que se pudieran exigir, citándose al efecto los nombres de los buques que anclados en diversos puertos de Europa, sólo aguardaban una señal para darse á la vela y contándose por millares los nombres de viajeros inscritos ya para entonces en los registros de á bordo.

Cuadrillas de sabios maestros desparramados por el continente, lanzaban proclamas, en las que se hacía saber al público que la ópera iba á ser ejecutada en un teatro construido al efecto y de una magnitud y forma desconocidas, hablando además de los innumerables artistas, así vocales como instrumentales, que en la ejecución habrían de tomar parte.

Al ocuparse del autor, describían su figura, sus costumbres y sus gustos, señalando al mismo tiempo el color de su barba y la forma de sus pantalones, expresando el número de horas que dedicaba al sueño, tiempo invertido en cortarse las uñas y en comer, con una lista detallada de los manjares por él preferidos y muchas cosas más que no hay para qué repetir, todas ellas interesantísimas.

Otros sabios que juzgaban los hechos de muy distinta manera, negaban públicamente que el acontecimiento á que nos referimos tuviera la importancia que generalmente se le atribuía, procurando por cuantos medios son imaginables, separar á los que ellos llamaban cretulos sencillos, del camino iniciado por los anteriores, aconsejando al efecto que no se oyese una ópera cuya música era música de perdición; suplicando por el amor de Dios, que no se hiciera caso á aquellos perturbadores del arte, y concluyendo finalmente por asegurar que aquel vértigo pasaría, que la verdad, lanzada de su trono por el error, muy pronto ocuparía el lugar de donde, con tan poca justicia, había sido arrojada, y que cuando esto ocurriera, entonces podría apreciarse cuán rectos é imparciales eran sus consejos.

Trabajo inútil el de estos sabios, porque no se hallaban ya los hombres en disposición de retroceder, ante la perspectiva deslumbradora que se les había ofrecido de un teatro extraño y de una ópera aún más extraña todavía, ejecutada además por un mundo de artistas. Los sermones fueron en consecuencia lastimosamente perdidos y aquellos saludables consejos despreciados.

No pasaron desapercibidas para mí todas estas controversias, y en más de una ocasión, al pensar en ellas, se habían confundido mis ideas, en tan supremo grado, que ya no sabía darme cuenta de nada; sólo diré que ese afán de lo desconocido que todos

sentimos con mayor ó menor fuerza, se apoderó también de mi ánimo, aun contra mi voluntad, y que á pesar mío, decidí allí interiormente, honrar como uno de tantos el célebre estreno. Además, yo tenía noticias por los críticos españoles de unos diseños melódicos muy frecuentes en las obras del género de la que nos ocupa y sostenidos por los violines en textura bastante aguda si mal no recuerdo, y deseaba convencerme por mí mismo de la belleza de los tales diseños, asistiendo á la primera representación de una obra, que, como recién salida de fábrica, habría de abundar en ellos, sobre todo, después del grande efecto producido en el mundo artístico por los primeros.

Una circunstancia casual, vino por otra parte á favorecer la realización de mi proyecto.

Acababa de recibir carta de un chino ilustre, al cual conocí en Sevilla el año anterior, con ocasión de hallarse en la referida capital, estudiando nuestras costumbres por encargo de su gobierno, y en ella me daba cuenta del gran suceso, invitándome á presenciárselo; invitación oportunísima que me guardé muy bien de rechazar, como se lo anuncié á mi amigo en telegrama que aquel mismo día le dirigí, encargándole además me preparase alojamiento, y sobre todo, que no olvidara el salir á recibirme á la llegada del vapor, única manera de contrarrestar en algo las mil dificultades y tropiezos con que necesariamente tiene que luchar todo europeo, que sin conocer el idioma, sienta por primera vez su planta en tierra de la China.

Tranquilo ya sobre este particular, y hallándose cercano el día designado para la marcha, dispuse mi equipaje, dirigiéndome sin pérdida de tiempo á Marsella, en cuyo puerto debíamos embarcarnos.

II

Poco después de mi llegada á la hermosa capital francesa, nos dieron orden de trasladar los equipajes al vapor *Confusión*, magnífico buque de veinte mil toneladas y cinco chimeneas, elegido por la Empresa para conducirnos á *Tinh Kinh*, por su gran capacidad y marcha rápida.

La afluencia de viajeros era ya para entonces excesiva y todavía faltaban, sin embargo, un centenar de articulistas, gaceti-

llos y críticos, que debían incorporársenos y á los cuales se aguardaba de un momento á otro.

Al cabo, la ausencia de aquellos señores, como todas las cosas de esta vida, llegó á su término, cumpliéndose al fin nuestro deseo de vernos reunidos todos los expedicionarios y dispuestos á emprender la marcha.

III

Las cinco de la mañana acababan de sonar en el reloj de la Bolsa, y ya la extraordinaria muchedumbre que había acudido á despedirnos, se hallaba desparramada por los muelles, ocupándonos en toda su extensión, demostrándonos con sus cariñosas palabras, con sus repetidas señales de afecto, y mejor que de ningún otro modo con sus entristecidos semblantes, el dolor que nuestra marcha iba á causarles. Parecía que á todo el mundo asaltaba el mismo siniestro presentimiento, de que nunca más volverían á vernos.

Distraídos con estas ideas, no nos apercebimos que había llegado el momento supremo de levar ancla, operación interesantísima que muy rara vez deja de influir en nuestro ánimo, haciéndonos recordar en un solo instante todas las cosas que nos son queridas y que abandonamos en una tierra próxima á desaparecer de nuestra vista, quizás para siempre.

Una vez terminada la maniobra y afianzada el ancla, se puso el buque en franquía; el Capitán dió la voz de *avante*; comenzaron á moverse los émbolos de aquel soberbio coloso de hierro y de fuego; su poderosa hélice azotó con rapidez las turbulentas aguas del Mediterráneo, y dando nosotros un cariñoso adiós á toda aquella multitud que hasta el postrer instante no había querido abandonarnos, salimos del puerto con una velocidad media de quince millas por hora.

A partir de este punto, nadie volvió ya á ocuparse de cosa alguna como no fuera de la ópera, de sus muchas bellezas y de todo cuanto con ella se relacionaba, sin preocuparnos para nada del mar, ni de los mil peligros ocultos en su seno.

No puedo precisar el número de días que llevábamos de viaje, porque engolfados constantemente en frenética discusión, hasta la noción del tiempo habíamos perdido; sólo recuerdo que al

anochecer uno de ellos nos dijo el Capitán que al siguiente llegaríamos á Tinh-Kinh, noticia que fué recibida por todos los expedicionarios con el júbilo que es de suponer.

A la mañana siguiente con efecto, y como á cosa de las seis, empezamos á divisar, confundida aún con el horizonte, la célebre ciudad china, distinguiéndola claramente media hora más tarde.

Tinh-Kinh, brotando del seno de las aguas semejante á un inmenso palomar con mil torrecillas y blanco como una azucena, parecía que al aproximarse nuestro vapor, se adelantaba á recibirlo adornado de su más halagüeña sonrisa y engalanado con su más rico traje.

Una milla distábamos del puerto, y ya los expedicionarios agrupados sobre cubierta y empujándose unos á otros, pugnaban todos por colocarse en primera fila para ser los primeros en alcanzar aquella tierra tan deseada: algunos hubo que no pudiendo contener su impaciencia, se arrojaron al mar, nadando desesperadamente en dirección de Tinh-Kinh, después de haber encomendado sus equipajes á los compañeros.

Gracias á la energía del Capitán, el ejemplo no tuvo imitadores, y arriando los botes, mandó dar caza á aquellos locos que pretendían ganar la orilla opuesta de tan desusada manera, recojiéndolos y volviendo con ellos á bordo, en donde una fuerte reprimenda, les hizo entender que no eran aquellos asuntos de juego.

Yo entretanto me había reunido en un extremo del buque con dos corresponsales de periódicos ilustrados, un crítico musical, un maestro compositor y famoso director de orquesta, y un dibujante, únicas personas con las que me unía estrecha amistad, y á las cuales había conocido en Marsella, y allí juntos aguardábamos como el resto de los viajeros á que llegase nuestra vez para tomar tierra, procurando, en tanto, no perder de vista el muelle, por si entre la multitud de chinos que por él discurrían, acertaba á distinguir á mi amigo Zumingarao.

Ocupado en estas investigaciones, no fijé mi atención en una lancha que acababa de detenerse junto al vapor, conduciendo á tres sujetos, uno de los cuales apenas llegado, subió á bordo y empezó á recorrerlo en todas direcciones examinando con la mayor atención los semblantes de cuantos le rodeaban, y con todas las trazas, en fin, de una persona que busca á alguien á quien no encuentra.

Ya próximo al lugar en donde nosotros nos hallábamos, la extraña maniobra de aquel individuo, unida á ciertas particula-

ridades que le asemejaban como se asemejan dos gotas de agua, al chino Zumingarao, despertaron en mí la sospecha de si sería mi amigo tan raro personaje.

Así se lo participaba á los compañeros, disponiéndome para salir á su encuentro, cuando un movimiento casual de aquel hombre, puso de manifiesto ante mis ojos su alegre fisonomía.

Ver yo aquella cara risueña y esplendorosa, reconocer á Zumingarao, lanzar un grito de júbilo, correr hacia él y precipitarme en sus brazos, todo fué obra de un segundo.

Luego que nos hubimos abrazado á toda satisfacción, aproveché el momento que siempre precede á las confianzas amistosas algún tanto embrolladas, sobre todo, si los amigos no se han visto en mucho tiempo, para presentarle á mis compañeros de viaje, que ya de nombre le conocían, dirigiéndonos, cumplidas que fueron todas estas formalidades, á tomar la lancha en donde él había venido, y que ya se hallaba dispuesta para conducirnos á tierra.

Diez minutos después, refrescaba nuestras frentes enardecidas, el puro hálito de una brisa suave, y embalsamada con todas las emanaciones de una ciudad, del país de los encantos.

IV

Cuando desembarcamos, mi primer cuidado fué inquirir de Zumingarao, si me había dispuesto habitación; asunto importantísimo para nosotros y que debíamos resolver á la mayor brevedad, por cuya razón pregunté á mi amigo si se había olvidado del encargo que le hice.

—Amigo mío,—me respondió entonces en un castellano bastante inteligible;—desde que escribí á usted invitándole para la solemnidad de esta noche, tuve idea de no ofrecerle otro alojamiento sino mi propia casa; no hay, pues, para qué hablar más del asunto.

—Sí hay que hablar,—repliqué á Zumingarao, dándole las gracias y mostrándole á mis compañeros de viaje, apartados algún tanto de nosotros por delicadeza.

—Y bien, ¿qué tenemos con eso?—dijo aquél, después de fijar en ellos su mirada algunos momentos.

—Tenemos—le dije—que á nuestra salida de Marsella, deci-

dimos vivir todos juntos, en virtud de cuyo acuerdo, parecería muy mal hecho y lo sería realmente, el que yo los abandonase en esta ocasión.

Zumingarao al escucharme, se quedó un poco suspenso, y hubiera podido asegurarse que reflexionaba en las anteriores palabras; mas como era un buen amigo, como su fortuna brillantísima le permitía satisfacer muy cumplidamente todos sus gustos y aun sus menores caprichos; como vivía solo en el mundo, y como sobre todas estas cosas, el cariño que me profesaba era sincero, apenas concluí de hablar, se volvió sonriendo á mis compañeros de viaje, á quienes, después de dar algunas explicaciones, ofreció su casa, suplicándoles que la honraran, con tal insistencia, que aquéllos, reconocidos, aceptaron el ofrecimiento, llenos del mayor placer.

Arreglada ya de una manera satisfactoria para todos la cuestión de albergue, se apresuró Zumingarao á conducirnos á su morada, magnífica habitación, mitad casa de recreo, mitad palacio, calculando muy acertadamente, que más le habíamos de agradecer, dadas las circunstancias, una buena comida y algún rato de descanso, que no el que nos llevase á dar vueltas por las calles de Tinh-Kinh, á la sazón atestadas de europeos, que como locos furiosos las recorrían en todas direcciones.

Luégo que hubimos llegado, nos condujo Zumingarao á un pequeño gabinete, en donde hizo sonar un timbre construido de madera sonora, y colocado sobre una mesita en forma de caja armónica, á cuyo débil llamamiento, se presentó un criado, que después de saludarnos haciendo grandes reverencias, corrió á inclinarse cerca de su dueño, escuchando en esta respetuosa actitud y con la mayor atención, las órdenes que aquél le comunicaba.

Recibida por el criado la que fuera, se retiró, y entonces nos dijo Zumingarao, que había mandado disponer la comida, suplicándonos que le siguiéramos al comedor.

Así lo verificamos marchando tras él, hasta que llegamos á una especie de plataforma circular, cerrada lateralmente y hasta la altura de tres metros por medio de pequeñas láminas de talco, combinadas con cristales de color, formando dibujos y cubierta por una sencilla y ligera armadura de bambúes y juncos, sostenida por delgadas columnas de piedra roja.

En el centro de aquella plataforma ó azoteilla que debía ser el comedor, á juzgar por lo que veíamos, se hallaba colocada una mesa trasunto fiel de la luna en su primer cuarto, adornada con profusión de pequeños platos llenos de frutas del país, y susten-

tando en cada uno de sus ángulos dos magníficos jarrones de un trabajo exquisito, rebosando hermosas flores, y otras muchas plantas raras desconocidas para nosotros en su mayor parte, y de las cuales no se tenían ni aún siquiera noticias en Europa.

Del centro de la armadura pendía una lámpara de extraño dibujo, matizada exteriormente de figuras alegóricas, las cuales, en vez de derramar luz en aquel sitio, derramaban perfumes de una embriagadora fragancia, valiéndose para ello los criados de cierto mecanismo que hacían funcionar, siempre que servían un nuevo plato.

En los intercolumnios había colocadas primorosas jaulas, encerrando multitud de aves, de las especies más raras, cuyos trinos y jorgeos variados hasta el infinito, contribuían poderosamente á aumentar el encanto que en aquella original estancia se dejaban sentir.

Zumingarao, satisfecho de la impresión que en nosotros producían todas estas cosas, guardó silencio, dejándonos examinar detenidamente cada una de ellas, y no arrancándonos de nuestras contemplaciones, sino cuando la comida estuvo sobre la mesa.

—Señores,—nos dijo entonces, luégo que á una invitación suya nos hubimos colocado;—gracias á mis viajes por Europa, he aprendido de vuestras costumbres lo necesario para mostrarme en esta ocasión, si no completamente europeo, tampoco muy exagerado chino; así, pues, si alguno de ustedes abriga el temor, justificado hasta cierto punto, de que á mi cocinero en un raptó de entusiasmo, haya podido ocurrírsele la idea de lucir sus habilidades, sirviéndoles algún succulento plato de nidos de golondrina en pepitoria, que lo deseché desde ahora porque nada de eso ocurrirá.

—Ciertamente que no me haría gracia el comestible—exclamó sonriendo uno de los Corresponsales.

Dicho esto dió principio la comida, reinando durante ella, toda la cordial franqueza á que nos obligaba el ejemplo de nuestro huésped, el cual charlando por tres, engullía no obstante como cinco, sin dejar por eso de prodigarnos los más galantes obsequios.

Mientras que solo nos cuidamos de satisfacer las exigencias de nuestro estómago, Zumingarao habló por los demás, concretándonos nosotros á muy pocas palabras, que generalmente fueron de elogio para el cocinero, á quien rendíamos un justo tributo de admiración, por el modo maravilloso con que había sabido hacernos recordar á Europa en China, sirviéndonos una comida enteramente al uso de la primera, en la segunda; pero cuando ya

á los postres empezaron los vinos á surtir su efecto, animando los semblantes y desatando las lenguas, exclamó el maestro poniéndose de pie para darle mayor fuerza á sus palabras, y golpeándose la frente con ambas manos:

—Señores: si los pensamientos que nacen bajo esta dura superficie que llamamos cráneo, pudieran romper la estrecha clausura á que se hallan sujetos por la suprema voluntad del que los concibe; si á estos pensamientos les fuera dado el hacerse inteligibles para los demás hombres, aún contra esa misma voluntad, hace ya dos horas hubieran ustedes leído un brindis que rodando dentro de mi cerebro, trabaja incesantemente por escaparse de él.

—Bravo por el brindis, maestro—dijo el Crítico.

—Y por el vino de la tierra—añadió el Dibujante,—cuya virtud principal consiste, á lo que parece, en hacer á los hombres profundos pensadores.

El Maestro frunció las cejas, volviéndose al Dibujante, muy dispuesto á probarle que él era profundo pensador en todas ocasiones; pero los Corresponsales lo impidieron gritando á este tiempo:

—Oigamos el brindis.

Entonces el Maestro, olvidándolo todo, con el rostro encendido, los ojos brotándole fuego, y temblando de emoción y de entusiasmo, gritó después de empuñar una copa, y de levantarla media vara por encima de su cabeza:

—Brindo por el autor de la ópera, mi eterna pesadilla. Brindo por la ópera su obra magistral; y, finalmente, brindo por la primera persona que me dé noticias de ella antes de la noche.

Una nutrida salva de aplausos saludó al Maestro á la terminación de su brindis, manifestación elocuentísima que debió dejarle enteramente satisfecho, probándole además, hasta qué punto había sabido interpretar nuestros sentimientos; es decir, nuestros sentimientos menos los del Dibujante.

Éste, después de escuchar en silencio nuestras ruidosas demostraciones, dijo una vez restablecida la calma:

—Muy poca luz darían á usted las noticias que solicita, Maestro; sobre todo, si esas noticias les eran comunicadas en idioma chino, en el cual no creo que se halle usted muy al corriente; esto aparte,—prosiguió diciendo,—que se me figura algo difícil encontrar una persona que pueda darselas, dentro de tan breve plazo.

El Maestro que había cobrado ojeriza al Dibujante, iba á replicarle quizás en un tono más agudo de lo que fuera menester, cuando Zumingarao que nos había estado escuchando sin hablar palabra, le interrumpió diciendo:

—Un momento, Maestro.—Y de seguida volviéndose al Dibujante, añadió:—¿decía usted?..

—Decía yo,—repuso aquél,—que es si no del todo imposible, muy difícil por lo menos, encontrar á estas horas una persona que pueda darle al Maestro noticias de la ópera, de una manera inteligible para él.

—Vean ustedes señores con cuánta facilidad suelen engañar se los hombres en las cosas de este mundo,—exclamó Zumingarao dirigiéndose á nosotros y señalando al Dibujante.

—Pues no lo veo,—insistió aquél.

—Pues nada más sencillo, amigo mío: esa persona, si ustedes me hacen la honra de prestarme su atención algunos instantes, voy á ser yo mismo; muy mal hablo el castellano, es cierto, pero nunca hasta el extremo de que no se me entienda lo que hable: ahora, díganme ustedes si puede haber nada más sencillo.

—¡Magnífico!...—gritaron los Corresponsales, disponiéndose á tomar nota.

—No me hubiera atrevido nunca á molestar la atención de usted exigiéndoselas,—dijo el Maestro;—pero supuesto que usted se brinda...

—Y tanto más,—repuso Zumingarao interrumpiéndole,—cuanto que yo he sido uno de los pocos mortales que alcanzaron la suprema dicha de asistir al primer ensayo de la ópera.

—Pero con la audición de un solo ensayo,—dijo el Maestro,—no creo que usted haya podido darse cuenta de todas las bellezas que encierra.

—De un solo ensayo como los que se acostumbran en vuestro país, no era fácil; pero como aquí hacemos las cosas de distinta manera, y para llevarle á cabo se emplearon nada menos de seis meses, bien puede una persona en ese tiempo, no sólo aquilatar todas las bellezas de una obra, aún cuando esta obra sea la misma de que nos ocupamos, sino que puede hasta aprenderla de memoria, dado caso que hubiera en el mundo una inteligencia capaz de retenerla toda entera, sin sufrir gravísimas perturbaciones.

—¡¡Seis meses para un ensayo!!—exclamaron los Corresponsales y el Crítico asombrados. El Dibujante entretenido en examinar uno de los soberbios jarrones de china que adornaban la mesa, nada dijo.

—Seis meses,—prosiguió Zumingarao—en el primero; que en los sucesivos se ocupó doble tiempo.

—¿Y se le han dado muchos?...—preguntó el Crítico.

—Catorce,—dijo Zumingarao.

Al escuchar la cifra se le cayó al Dibujante el jarrón que examinaba, rompiéndose en mil pedazos; el Maestro se frotó las manos de gusto; al Crítico empezó á correrle el sudor por las mejillas; yo sentí mareos.

Los Corresponsales se miraban haciéndose guiños de significación ambigua y sonriendo socarronamente.

—¿Qué vamos á oír?—Esta era la pregunta que cada uno de nosotros leía en los ojos de su compañero, y á la cual, ninguno podía responder de una manera satisfactoria.

El Maestro, anhelante, tembloroso y moviéndose con febril impaciencia, gritó al fin:

—Hable usted, hable usted

—Puez bien; oigan ustedes.

V

Todos nos estrechamos para oír mejor las palabras de Zumingarao, y éste, después de beber un poco de vino negro, cosechado exclusivamente para él, dió principio á su relación, en los siguientes términos:

—La música de *La Torre de Babel*, que como ustedes saben, es el título de la ópera que esta noche comienza á estrenarse, tiene muchos puntos de contacto con la nuestra; y en cuanto al libreto, que es magnífico, según afirman los inteligentes, ya lo hemos hecho traducir al idioma chino.

—Bien,—dijo el Crítico;—del libreto luégo hablaremos si usted quiere; ahora, lo que á nosotros nos interesa es la música, y de ella es de la que le suplico á usted que se ocupe.

—En hora buena,—replicó Zumingarao, entreabriendo sus labios una risita sumamente extraña, y mostrándonos su blanca dentadura.—Figúrense ustedes—continuó diciendo—que la partitura de tan sublime creación, consta de unos treinta y cinco volúmenes de no pequeñas dimensiones y que toda la música en ellos escrita, ha sido inspirada con estrecha sujeción á los nuevos principios establecidos por los grandes genios de nuestra época, no faltándose en ella á uno solo de cuantos requisitos exige el arte moderno, y....

—Horrible música debe ser entonces,—exclamó el Dibujante sin poderse contener.

—O sublime,—dijo el Maestro.

—Es cierto,—repuso el Dibujante;—también puede ser sublime; pero como quiera que cuando una persona emite sus opiniones, es porque siempre guarda alguna razón en apoyo de las mismas, que en todo caso pueda justificarlas, usted me permitirá que en la ocasión presente dude yo de esa sublimidad que usted le atribuye, considerando el dictado tan gratuito, por lo menos, como el mío.

—No sé qué razón pueda haber para calificarla de horrible sólo *por el enorme delito* de ser obra moderna, como no sea la razón, poco razonada, del género á que pertenece:—replicó el Maestro.

—La cual nunca sería una razón,—dijo á su vez Zumingarao, volviendo á dilatar sus labios la misma extraña sonrisa, que ya nos llamó la atención al principio.—Esto aparte,—prosiguió diciendo,—de que en *La Torre de Babel*, concurren circunstancias especialísimas, que se hallan muy lejos de haber concurrido en otras obras de su mismo género, y que la convierten, por lo tanto, en una excepción de la regla general; ventaja no despreciable, que como ustedes conocen, no puede menos de redundar en bien de la obra.

Además, el autor que es un hombre profundo en todos los ramos del saber humano, ha comprendido que la única manera de identificar la música con el libro, era escribiendo él ambas cosas. De esta unidad de pensamiento poético y de pensamiento músico, llevada á cabo de un modo tan maravilloso, resulta, lo que no podía menos de esperarse; que los personajes están admirablemente delineados, sus pensamientos magistralmente traducidos, las mil situaciones dramáticas en que abunda la obra con aterradora verdad interpretadas, y el conjunto de ella, en fin, portentoso, sabio y digno en todo del genio superior que lo ha creado.

—Pero... ¿es realmente un genio?—exclamó el Crítico.—Entendámonos: porque hoy se suelen confundir las especies de una manera lamentable, apellidando de ese modo á los que solo son talentos más ó menos profundos, más ó menos razonadores; no se tiene en cuenta que la ciencia por mucha que sea la que un hombre logre atesorar, nunca basta por sí sola para elevarle á la categoría de genio, si esta ciencia no va estrechamente unida á la inspiración y al sentimiento, sus verdaderos atributos, porque apesar de provenir directamente de Dios como todos los otros dones, son sin embargo los únicos que solo reserva á sus elegidos.

—Es cierto,—dije yo atreviéndome por primera vez á desplegar mis labios.

—Pues bien, — continuó el Crítico.—Esta notable diferencia entre el talento músico y el genio músico, en la cual suplico á ustedes fijen muy bien su atención, me conduce como de la mano, al término donde yo me había propuesto llegar desde un principio, que no es otro sino el siguiente.

Aún suponiendo al autor de *La Torre de Babel* dotado de ese profundo conocimiento en todos los ramos del saber humano, sin excluir de ellos á la música y á la obra parto de su ingenio, un asombro de originalidad y un prodigio de sabiduría, si en toda ella no resplandecen elevados al más alto grado de perfección, al par de la ciencia, la inspiración y el sentimiento, ni el uno merecerá el dictado de genio con que ya se le distingue, ni la otra satisfará cumplidamente nuestras aspiraciones.

—Desde luégo no satisface las mías, si es como otras de su género que ya conozco,—exclamó el Dibujante.

El Maestro, que había dado un brinco en su asiento al escuchar estas palabras, aguzó el oído.

El Dibujante prosiguió:

—Yo no sé en lo que consiste, señores; pero juro á ustedes con la mano puesta sobre mi corazón, que jamás he podido acostumbrarme á ciertas obras modernas, por más que estas obras hayan gozado el privilegio exclusivo de hacer las delicias de nuestros contemporáneos. Esa variedad absurda y desconsoladora que suele caracterizarlas; esa modulación incesante, estemporánea, dura como el granito, irresistible, que á nada conduce, que crispa mis nervios, que me desorganiza, y que á cada paso interrumpe el discurso musical, me produce por último, el extraño efecto de un amigo, que al explicarme la forma de los espolones de un gallo inglés, me saliese preguntando sin más ni más las causas del movimiento observado en la estrella polar: es decir, que me trastorna.

A medida que de los labios del Dibujante fueron desprendiéndose las anteriores palabras, había ido aumentando la agitación del Maestro, que de pálido en un principio, concluyó al fin por tornarse lívido. Parecía que cada una de aquellas frases, convertida en terrible aguijón de acerada punta, había penetrado en su pecho, hiriéndole despiadadamente y destrozando una á una todas sus fibras más delicadas. Por eso, sin duda, hubo de replicar con alterado acento y lleno de coraje:

—Es muy extraño, señor mio, que abrigando semejantes ideas

acerca de las obras modernas, haya usted emprendido tan largo viaje, sólo para asistir á la primera representación de una de ellas; y por más que no deba sorprenderme su particular manera de juzgarla, muy generalizada hoy entre todos los que como usted han sido educados según el antiguo régimen musical, creo yo, sin embargo, que en la ocasión presente hubiera usted obrado con mayor cordura quedándose en casa, con lo cual se hubiera ahorrado, entre otras infinitas cosas, los gastos del viaje y el hablar mal anticipadamente de una obra que aún todavía no conoce.

Se contrita el alma—prosiguió diciendo—al considerar la manera como son recibidas las grandes creaciones modernas. Las falsas ideas transmitidas de unos en otros con vertiginosa rapidez, llevan el contagio á todos los entendimientos, y aun las personas ilustradas, en cuyo número cuento á usted, olvidan sus eternos hábitos de recto juicio, sugestionadas por la vulgar creencia que sólo las melodías sentimentales con acompañamiento de arpeggios, pueden traducir fielmente las pasiones del corazón humano y todos los demás sentimientos del mismo.

En sus oscuradas imaginaciones, no cabe, que las bellezas naturales; esa verdad única y real del arte; ese término anhelado por tantos maestros sin fruto alguno, y sólo alcanzado por nosotros, es susceptible de muy diversa interpretación, y sin sospecharlo ellos mismos, se hacen eco de opiniones erróneas que al cabo, tan pobre idea acusan del que las alimenta, como del que las concibe.

¿Pero qué voy yo á extrañarme de eso?... al contrario; es una consecuencia lógica y natural, que no debe sorprender á nadie; ustedes acostumbrados á oír música de una índole muy diversa y de una escuela que ya pasó, no se hallan todavía en condiciones para poder apreciar, como es debido, y con entero conocimiento, la que hoy se escribe. Cuando ustedes hayan reformado por completo su organización y educado nuevamente su oído, corrigiéndolo en cuanto sea posible, con la audición repetidísima de otras obras modeladas bajo formas mucho más grandiosas y verdaderas, entonces hablaremos.

—Por cierto, Maestro,—dijo el Crítico con voz un tanto emocionada,—que al oírle á usted hablar de ideas falsas y de ideas pobres, no he podido menos de asombrarme y de asombrarme grandemente, sobre todo, al considerar las suyas, peregrinas cual no otras. Estoy cansado ya de las vociferaciones de todos aquellos, que llamándose inteligentes en asuntos musicales, se dan humos

de sabio, repitiendo esa misma cantinela en todos los tonos posibles, y francamente, lo confieso; nada existe para mí tan soberanamente ridículo. . . ¡Qué significa esto!... ¡Qué música y qué obras son esas que necesitan ser escuchadas cuarenta veces para medio poder decir al terminar la última, si gustan ó no! ¿De qué género son las magnificencias musicales que encierran, y dónde se ocultan sus bellezas, que nunca aparecen sino después de haber reflexionado mucho tiempo en ellas?...

¿Cree usted, por ventura, que es esa la misión de la música? En un arte fantástico y puramente ideal como es éste, por más que se pretenda ó que se diga lo contrario; en un arte creado exclusivamente para llegar al corazón, conmoviéndolo por medio del sonido, divina palabra que debe herirle, de una manera rápida, instantánea, y que nosotros no podemos explicarnos, porque no puede tener explicación lo que es inmaterial, y la manifestación del sentimiento músico carece de formas; en un arte, en fin, donde la brillante luz de la inspiración, debe iluminarlo todo con sus puros rayos, inundando nuestra alma de su refulgente claridad, y haciéndonos sentir goces desconocidos, que ni concibe nuestro pensamiento, ni puede expresar nuestro labio. ¿Le parece á usted que debemos dar sitio, y sitio de preferencia, á esos engendros sombríos y confusos, repulsivos siempre, y que, según usted, sólo cuando se han estudiado mucho, oyéndolos repetidas veces, es cuando empiezan á ser inteligibles para nosotros...? ¿Quiere usted que después de oída una obra nos marchemos á casa para reflexionar detenidamente si debemos ó no debemos entusiasmarnos con ella? .. ¿Quiere usted que razonemos también los sentimientos de nuestro corazón...! Hombre, por Dios!! dónde vamos á parar!!

En cuanto á lo del oído, es gracioso eso de que no está educado, y chistosísima la consecuencia que de esa falta colige usted. Es decir; que aquellas obras cuyas primeras audiciones nos son insostenibles, producen en nosotros tan raro efecto, no porque dejen de abundar en ellas las mayores y más inspiradas bellezas, sino por la falta de educación de nuestro pícaro oído, que no sabe recibirlas y apreciarlas debidamente; que acostumbrándonos durante tres meses seguidos á la misma obra, al cabo concluiríamos por estasiarnos con ella.

Francamente, Maestro; yo no sé dónde diablos ha ido usted á buscar tales ideas; porque.... ¿Quién le dice que nuestro oído no se acostumbra, en fuerza de oírlo repetir, á lo que es malo musicalmente hablando y aun no musicalmente también.. ?

La primera vez que cerca de nosotros se profiere una horrible blasfemia, un malestar inexplicable se apoderará de nuestro ánimo; pero si esta blasfemia siguen repitiéndola también á nuestro lado, uno, y otro, y varios días, concluiremos, al fin, por acostumbrarnos á ella, y hasta es posible que la encontremos agradable, que es precisamente lo que sucede con algunas obras de las modernas.

— Bueno; — dijo en són de mofa el Maestro. — Quiere decir entonces, que nos concretaremos á las antiguas, y que tras del aria escribiremos el dúo, que á su vez, precederá al concertante, con algún que otro corito en los intermedios, cantado por ellas y ellos colocados en dos filas simétricamente dispuestas, moviendo los brazos y abriendo las bocas todos á una para mayor solemnidad del acto, y aquí paz, y después gloria. Esto es muy bonito, y sobre todo, muy artístico; y si es que á nosotros no se nos ocurre escribir nada, ó que no nos satisface lo que escribimos, siempre nos queda el recurso de copiar las obras que otros escriban ó que en otros tiempos ya pasados se hayan escrito, siguiendo así hasta la consumación de los siglos.... ¿No es esto lo que usted pretende?...

— No, señor; — dijo el Crítico: — yo no pretendo que se copie música de nadie; pero sí quiero que los autores la inventen, digna de tal nombre.

— Es que yo ignoro qué música será para usted digna de tal nombre, repuso el maestro, porque hasta ahora al menos, maldito si le ha merecido un solo elogio siquiera ninguna obra moderna; y en cuanto á que los autores la inventen, no sé cómo habrían de componérselas estos señores, si habían de hacerlo á gusto de usted.

— Como se las compusieron otros maestros á quienes hoy se desprecia, negándoseles poco menos que el sentido común, apesar del testimonio irrecusable de sus imperecederas concepciones, prueba más que evidente de lo contrario.

— Eso es; y como aquellos maestros murieron después de haber consignado en sus obras todas las perfecciones y bellezas imaginables, y después de haber reunido en sus cabezas todo el talento futuro de todos los otros hombres, no dejaron nada para los que habían de sucederles, y nadie puede ya escribir música si no es calcándola en la que ellos escribieron.

Para usted, esa ley ineludible impuesta por Dios á todo lo creado, y sin la cual hoy nos encontraríamos como en los bendecidos tiempos de los Patriarcas; la ley del progreso, en fin, es palabra vana.

—Nó, señor; es palabra sublime, y ley que yo acato mejor que nadie.

—Que usted acata, en cuanto no se refiere á la música, pero... ¿Piensa usted de igual manera tratándose del bello arte?...

—Tales cosas se ven hoy en el bello arte,—dijo el Crítico moviendo la cabeza á uno y otro lado, que no sería extraño contestarse á usted negativamente

—Es decir:—¿Excluyéndolo. ?—Se apresuró á replicar el Maestro.

—Nó, señor; al contrario.

—Pues no lo entiendo.

—Coloquemos al arte en su verdadero camino, y yo seré el primero que le empuje para que vaya más de prisa;—dijo el Crítico.

—¡¡Ah!! Vamos,—exclamó el Maestro:—usted admite el progreso, pero á su manera, y con algunas restricciones.

—Yo lo admito como debo admitirlo; sin alucinaciones de ningún género y apreciando las cosas en su justo valor. El progreso de la música, tal y como modernamente se entiende, se asemeja mucho al que un arquitecto, por notable que fuera, quisiese introducir en la arquitectura, edificando un palacio sin otros cimientos, que la accidentada superficie de un terreno arenoso; sin tener para nada en cuenta la gravedad de los cuerpos, y sin meterse en calcular, poco ni mucho, la resistencia de los materiales empleados en su construcción; ese palacio, levantado en semejantes condiciones, vendría al suelo, y tanto más pronto, cuanto más adornos se le colocaran. En atropellando uno solo de los principios que el arte ha llamado fundamentales; en faltando á todas las reglas del buen gusto, que siempre debe caracterizarle, no será entonces progreso lo que en él se introduce, sino libertinaje y ese libertinaje es el que yo repruebo. Hoy, cada maestro hace lo que le da gana esté bien ó mal hecho. He oído gritar en más de una ocasión, y mientras se ejecutaban ciertos pasajes de algunas obras modernas:—¡Oh! ¡Esto es horrible!! ¡Esto no se puede resistir!!—Luégo, aquellos mismos que gritaron, temerosos, y como si la sombra del autor evocada desde el infierno, ó desde cualquiera otra parte, por su espantosa música, pudiera venir á exigirles estrecha cuenta de sus palabras, exclamar arrepentidos:—Pero, en fin... ¡Lo ha hecho Tal ó Cual maestro, bien hecho estará.— ¡Nó, señor; mal hecho estará! Ese servilismo es el que me subleva, y con el cual no transijo. Lo que es malo, no puede nunca ser bueno, hágalo quien lo haga; y no es razón para contestárseme, el que se me cite la corrección de la obra, como una prueba de su

bondad, porque aún en este caso, puede ser muy mala. La música, para que sea digna de recibir este hermoso nombre, debe satisfacer otras muchas exigencias, independientes de la corrección, faltando á las cuales, dejará de ser música, para convertirse en cualquiera otra cosa.

Estas son las razones que yo tengo para no admitir el progreso de ella, tal y como hoy se entiende. Además; la división que se establece entre el arte antiguo y el llamado pomposamente y con frase muy hueca, arte moderno, separándolos en su esencia, como si de dos cosas distintas se tratara; esa división, repito, no puede nunca justificar los procedimientos al uso, porque el arte, sea antiguo ó moderno, no es más que uno, cuyos principios fundamentales son siempre los mismos.

—Eso han creído los pobres de espíritu,—dijo ya impaciente el Maestro;—pero el arte,—continuó diciendo,—encerrado como en un ataúd y sujeto por esos principios á que usted alude, nunca pudo desenvolverse en el ancho campo donde hoy navega, libre de enojosas trabas, gracias al superior talento de unos genios bastante despreocupados para saltar por encima de todos esos careados principios, rompiéndolos, siempre que lo juzgaban necesario.

—¡Qué habla usted!—gritó el Crítico, lanzando al Maestro unas miradas, capaces por sí solas de incendiar á Tinh Kinh.—¿Sabe usted lo que dice? ¿Ignora usted que en la música, la estrecha unión de esos tres principios es precisamente lo que constituye su bondad y belleza?..

—¡Belleza!... ¡Belleza!.. —replicó con desdén el Maestro.—Cada uno la entiende á su manera, y la belleza de ayer, hoy deja de serlo, para convertirse en majadería; la belleza, como todo, se ha transformado, adaptándose á nuestra moderna manera de sentir; ha cambiado de sér.

—La belleza es de todos los tiempos,—exclamó ya frenético el Crítico,—cuando los artistas han tenido ciencia y genio bastante para saberla reproducir en sus obras, y siempre que en sus pechos hayan abrigado un corazón capaz de incendiarse con todo el fuego de su inspiración, que fácil les ha sido luego trasmitir á los demás, porque ese es el privilegio de los hombres dotados del soplo divino; por eso llegan á nuestra alma, que siente y aprecia en todas ocasiones lo que es verdaderamente bello, sin necesidad de llevarse dos años estudiándolo, único y exclusivo objeto del arte músico; vértice de la pirámide, al que nunca alcanzarán los razonadores, por más que combinen acordes, trompetazos y extrava-

gancias, con lo que sólo consiguen imprimir en sus obras el sello repugnante de sus deformes cabezas.

El Maestro se disponía á replicar al Crítico; pero Zumingarao, terciando en la contienda, dijo:

—Señores: yo creo que todas esas discusiones son prematuras todavía, porque ninguno de ustedes conoce la obra origen de ella. Esta noche empiezan las representaciones; reserven ustedes sus juicios para cuando la hayan oído, y entre tanto, perdónenme el haber sido causa, aunque inocente, de la suscitada hoy.

El Maestro y el Crítico, repuestos á su vez, lo solicitaron también de Zumingarao, excusándose por haber entablado semejante polémica, y aquí terminó el incidente.

VI

Cuando ya las sombras de la noche empezaban á envolver entre sus negros y transparentes sudarios la ciudad de Tinh-Kinh, y en ocasión de hallarnos tomando el té con que finalizaba la comida, un ruido espantoso, un redoble de tambor con acompañamiento de platillos, tan formidable como jamás haya podido concebirlo la mente humana, nos hizo arrojar las tazas sobre la mesa, corriendo desatentados en demanda de un lugar más seguro donde refugiarnos, pues creíamos que la casa, y aún que la misma ciudad se derrumbaban.

Zumingarao, que nos había visto correr, sin demostrar en su semblante la menor sorpresa, y que permanecía sentado, saboreando tranquilamente y lleno de fruición el rico brebaje chino, nos hizo señas para que volviésemos á ocupar nuestros asientos, y explicándonos la causa de él, nos dijo, que era producido por quinientos tambores y otros tantos pares de platillos, especie de banda chinesca que recorría la población por orden del Emperador, y con la cual anunciaba á sus fieles súbditos de la ciudad de Tinh-Kinh, que podían dirigirse al Teatro.

—Pues más parece que es al infierno donde han de dirigirse, —exclamó el Dibujante.

Zumingarao se sonrió á su modo de las palabras del Dibujante, dándonos prisa para que cada cual trasladase á su estómago

el contenido de las tazas que habían vuelto á llenar, mientras nuestra huída.

Así lo hicimos, aunque con no poco trabajo, y á trueque de sufrir algún deterioro en las gargantas; tal era nuestro sobresalto desde que habíamos oído la banda chinesca; al cabo aquello pasó, y hallándonos ya todos dispuestos, dió Zumingarao la voz de partida, lanzándonos á la calle, y encaminándonos al teatro objeto de nuestros afanes y término de nuestras aspiraciones.

Marchábamos apresuradamente en el mayor silencio, y atentos sólo á esquivar los diversos grupos con quienes tropezábamos, los cuales, siguiendo nuestra misma dirección, solían alguna vez interceptarnos el paso.

Ya á la mitad del camino, se destacó de nosotros Zumingarao, aproximándose á un grupo de vendedores á juzgar por sus gritos, rodeados de un considerable número de personas, todas las cuales iban, al parecer, en demanda de una misma cosa.

Obtenida por Zumingarao la que fuera, regresó á nuestro lado, distribuyéndonos antes de proseguir, unas preciosas cajitas, herméticamente cerradas, y cuyo contenido, según nos dijo, debíamos utilizar en el teatro.

Provisto cada cual de su correspondiente caja, seguimos avanzando en nuestro camino, hasta que al desembocar de una de las calles del tránsito, nos encontramos dentro de una gran plaza, rodeada de edificios de extraña forma, y todos iguales, en donde nos detuvimos, preguntando á Zumingarao qué objeto tenían aquellas construcciones, en nada semejantes al resto de las que hasta entonces habíamos podido observar.

Zumingarao satisfizo nuestra pregunta, diciéndonos, que las unas eran casas de alienados, destinadas, por lo tanto, á servir de manicomios, y las otras casas de socorro.

No dejó de sorprendernos el objeto á que se destinaban aquellos edificios, y por más que reflexionábamos, no podíamos explicarnos su aglomeración, en tan reducido espacio, relativamente á la clase y naturaleza de los servicios, que en ellos se habían de prestar.

Hubiéramos podido salir de dudas, preguntando á Zumingarao algo todavía sobre el asunto; pero no quisimos molestar más su atención, concretándonos desde aquel momento, á fijar nuestras miradas en el teatro, que aún cuando confusamente, ya empezábamos á distinguir, observando además el infinito número de personas, que corriendo en revuelta confusión, á él se encaminaban.

También seguimos nosotros aproximándonos, aunque no tan aprisa como en un principio, si bien que mucho más preocupados, hasta que ya cerca de una de las diez mil puertas, que daban entrada al teatro, volvieron á llamar nuestra atención, los gritos siempre ininteligibles para nosotros de aquellos vendedores á quienes compró Zumingarao las cajas, los cuales pregonando su mercancía cada vez con mayor fuerza, armaban una barahunda de todos los diablos.

Estos gritos, distrayéndonos de nuestros pensamientos, nos hicieron levantar la cabeza, fijando casualmente los ojos en un gran pasquín, colocado en la parte superior de la puerta de entrada, y escrito con gruesos caracteres blancos, sobre cristal verde, todo iluminado interiormente por una luz eléctrica.

Suplicamos á Zumingarao, que nos tradujese lo que aquello significaba, y entonces éste, que debía saberlo de memoria, nos dijo, que el anuncio era una orden del Emperador, en la cual se prohibía al ilustrado público, oír la ópera sin algodones, aplaudir á los artistas sin guantes, y mirarlos más de tres minutos seguidos sin pantalla.

Después de semejante traducción, fácil es comprender, que nos quedaríamos como si nada nos hubiese dicho, pues realmente, nada habíamos comprendido. Por último; pensando en los algodones, en los guantes y en las pantallas, y después de mil estrujones por un lado, y otros tantos codazos por el otro; después de atropellar á los menos, y de ser atropellados por los más, como siempre ocurre en estos lances, y cuando nos hallábamos á dos pasos de sufrir una muerte cierta por asfixia, logramos, haciendo un supremo esfuerzo, alcanzar la puerta, salvando sus umbrales sin saber cómo, y encontrándonos, por último, con gran asombro nuestro, libres de todo peligro, y dentro del templo del arte.

VII

Yo ignoro, si me será dado explicar la impresión que en nuestro ánimo produjo la vista de aquel sorprendente y colosal edificio. Desde luégo, nada de cuanto hasta entonces habíamos admirado; ninguno de los teatros conocidos en el mundo, podía comparársele.

La sala, si es que sala puede llamarse á un espacio infinito, era completamente circular; y sus muros de cuatrocientos cincuenta metros de elevación, sustentaban noventa pisos, dispuestos la mitad en forma de gradas, y los restantes, á semejanza de los palcos y plateas usadas en nuestros teatros, pero no enteramente iguales, sino que allí, cada una de estas localidades, era independiente de todas las demás, y aún del mismo teatro, al cual sólo estaba unida por unos muelles, que en todas ocasiones permitían el que se le imprimiese un cierto movimiento de vaivén muy agradable.

Cuando nosotros entramos, deslumbrados todavía con las luces del exterior, apenas distinguíamos los objetos; por cuya razón tuvimos que caminar despacio, marchando seguidamente en dirección de la localidad, que para nosotros había adquirido Zumingarao.

Esta localidad, que era un Kut-klit bajo, distaba todavía medio cuarto de legua del lugar donde nos hallábamos, y con el fin de hacer más corto el camino que aún nos faltaba recorrer, decidimos atravesar la sala, marchando en derechura del sitio donde se hallaba colocada.

Poco después de haber empezado á ejecutar el anterior acuerdo, el confuso rumor producido por el público que ya llenaba todas las gradas y localidades altas, llamó nuestra atención, haciéndonos fijar la vista, ya para entonces acostumbrada á la semi-oscuridad que reinaba en la sala en aquellas alturas, en donde al débil reflejo de la escasa luz que ya he dicho, percibimos la masa sombría y m. vible de un mundo de gentes.

Esta circunstancia extraordinaria, nos llenó de sorpresa; por que, si todos habíamos penetrado en el teatro á la vez, ¿cómo se explicaba entonces, que aquellas personas ocuparan sus localidades antes que nosotros, hallándose estas localidades situadas á tan considerable altura, y necesitándose veinte veces más tiempo para llegar á ellas, que el que nosotros emplearíamos en alcanzar la nuestra?

Para resolver este enigma, preguntamos á Zumingarao, el cual nos dijo:

—Es muy natural la sorpresa de ustedes, señores; pero todo ello, tiene una explicación sencillísima que voy á darles, y que les dejará enteramente satisfechos. Esas gentes habitan en el mismo teatro desde hace un mes, y para ocupar sus respectivos asientos, no tienen que hacer otra cosa, sino alargar el pie dos pasos fuera de su casa.

—Pero... ¿cómo se entiende eso de que habitan aquí? — preguntó uno de los Corresponsales.

—De una manera muy sencilla—repuso Zumingarao, añadiendo:—En los pisos superiores hay millares de habitaciones cuyas puertas dan todas á las gradas, y en esas habitaciones, que reúnen todo lo más indispensable á la comodidad de una familia, y que el Emperador alquila á los espectadores, con un ligero aumento en el precio de entrada, viven todas esas gentes, figurando de este modo con bastante propiedad, que el teatro es una ciudad verdadera, y consiguiéndose, á la vez, uno de los principales objetos, para que fué construído en esta forma. Por medio de ascensores les suben la comida y todo lo más necesario, y por medio de ellos bajarán también los que se desmayen ó los que se vuelvan locos, durante la representación.

Nada debía ya sorprendernos, y, sin embargo, nuestro asombro subió de punto al escuchar de labios de Zumingarao, el último uso á que se destinaban los ascensores; y aún cuando nuestra curiosidad no quedaba satisfecha sino á medias, con sus explicaciones, no nos atrevimos á insistir más, adivinando en la respuesta que pudiera darnos, algo terrible, que nos espantaba saber; por otra parte, ya habíamos llegado al kut-klii, y esta circunstancia hizo cambiar nuestras ideas por el momento, dedicándonos á examinar la forma y disposición del extraño aparato.

Luégo que le hubimos palpado en todas direcciones, tomamos asiento, y entonces Zumingarao, poniendo á nuestra disposición cinco magníficos gemelos de mar, nos dijo, señalando al fondo oscuro del teatro:

—Vean ustedes la Torre de Babel.

—¡Cómo!... ¡La Torre de Babel!—exclamó uno de los Corresponsales.—¿Pues no es ese el título de la ópera?...

—Sí, señor; pero ahora, no es á la Torre ópera á la que yo me refiero, sino á la Torre verdadera, representación al natural del sitio donde se supone la acción de la obra.

Dirigimos entonces los gemelos al centro de la sala, y con efecto, en el punto medio de ella, se levantaba una gigantesca pirámide truncada, de bases paralelas, octogonal y de cuatrocientos metros de elevación, rodeada de una sencilla, á la vez que fortísima andamiada, de igual altura, y dividida en veinte pisos.

Esta pirámide, que medía en la base inferior un radio de cien metros, era una especie de arca de Noé, hueca interiormente, y dividida, á su vez, en doble número de pisos que la andamiada,

en donde tenían sus habitaciones todos los artistas que habían de tomar parte en la ópera, contándose entre ellos á las tiple, contraltos, tenores, bajos y barítonos, cuyo número alcanzaba la respetable cifra de cinco mil cuarenta y siete, sin incluir en ella á los maestros, los coros ni los apuntadores.

En la parte baja, ó sea en la base inferior, había establecido un gran café, al cual se comunicaba desde el teatro por medio de pasillos subterráneos, alfombrados de papel de música, en donde estaban descritas y pintadas además, con vivos colores, las escenas más culminantes de la obra; todo iluminado con luz eléctrica, y dispuesto, en la forma que más pudiera sorprender al público.

Una hélice colosal de hierro dulce, fijos los dos extremos de su eje en los centros de las dos bases de la pirámide, ponía en comunicación la inferior con la superior, dando también acceso á cada una de las infinitas habitaciones en que estaba dividida.

Cuando Zumingarao concluyó de explicar todas estas cosas, que ciertamente ya empezaban á marearnos, le preguntamos, si era costumbre en China, el tener á los espectadores á oscuras mientras se ejecutaban las obras, ó si encenderían el teatro al comenzarse la representación.

— Nada de eso, señores; —exclamó, riéndose con su risita peculiar. — Y es muy extraño —continuó diciendo— que ustedes ignoren una cosa tan sabida hoy, que de puro sabida, en China la tenemos ya olvidada; esto es: que entra por mucho en el buen éxito de una obra moderna, no sólo la forma y distribución del teatro en donde haya de ejecutarse, sino también la colocación, calidad y cantidad de luces que deben alumbrarlo; la disposición y manera como el público debe oírla; la situación de la orquesta y los instrumentos particulares, llamémosle así, de que se debe hallar dotada esta orquesta, y otras mil y mil cosas que creo inútil enumerar á ustedes, y que podrán ir observando por sí mismos, durante la ejecución.

— Por más que observe, si seguimos como hasta ahora, ni verá nada, ni llegará nunca á explicarme esta carencia casi absoluta de luz, — dijo el Dibujante.

— Hombre, — repuso Zumingarao: — Verdad es, que la acción de *La Torre de Babel* empieza á desarrollarse á las doce de una noche serena y pura, como se supone que debían ser las noches en Babilonia; pero por mucho que así sea, usted no pretenderá, que á esa hora distingamos los objetos, con tanta claridad, ni tan fácilmente, como á las doce del día que haya de seguirle, aun

cuando ese día amanezca nublado. Aguarden ustedes que la obra lo requiera, y yo les prometo que, para entonces, han de ver mucho más de lo necesario.

—Todo eso está muy bien;— volvió á repetir el Dibujante,— y yo lo comprendo y lo apruebo mientras la representación; pero ahora, ¿qué es lo que se proponen con semejante oscuridad? ¿Que no nos veamos unos á otros?

—Nó, señor; se proponen revestir el acto de todas las apariencias de verdad posibles, haciendo las cosas bien hechas. Si ahora es de noche, y venimos á oír una obra cuya acción empieza también de noche, toda luz que no sea la que naturalmente nos alumbrá á estas horas, es una luz falsa, que el arte moderno no puede ni debe admitir, según sus teorías de realismo puro. Esas iluminaciones á gusto del consumidor, se quedan bien para otros tiempos y para otras obras, en que se hacía noche de mentirijillas, apagando el gas de las baterías, imitando la luna con la luz Drumont, y figurando el amanecer con bengalas blancas; hoy, todos aquellos procedimientos están fuera de lugar y no tienen razón de ser.

—Es decir,—exclamó el Dibujante,— que hoy, cuando los autores modernos necesitan alumbrar la escena y el teatro con la luz del día, porque así lo requiere la acción de sus obras, le dan larga á un sol de su invención, guardado cuidadosamente y oculto, hasta el momento oportuno, en el fondo de sus maletas de viaje. ¿No es eso?...

Zumingarao, riéndose de las palabras del Dibujante, repuso:

—Desgraciadamente, los autores modernos no han podido inventar todavía un sol; pero disponen, en cambio, de los mejores y más perfeccionados aparatos, para producir cuando el caso lo requiera, y en un solo instante, tres millones de luces eléctricas, sustituyéndolo así de una manera muy ventajosa, como ustedes tendrán ocasión de admirar, dentro de poco.

—¡¡Santo Dios!! ¿Y quién resiste semejante iluminación?...— dijo el Crítico.

—En la obra de esta noche tiene su explicación, y sirve para dar á conocer al público, el sol que alumbró á los babilonios, el cual debía ser mucho más brillante que el nuestro, en razón á que por aquel entonces, aún no se tienen noticias que hubiera descubierto las manchas que hoy le tachonan, y que, según la autorizada opinión de los más ilustres sabios, tanta luz y tanto calor arrebatan al rey de nuestro sistema planetario.

No bien había concluido Zumingarao de pronunciar sus últi-

mas palabras, cuando de repente, hendió los aire el canto triste y cadencioso de un gallo, que repetido tres veces, en variedad de tonos y con una potencia de sonido impropia del bípedo ya nombrado, concluyó al fin por llamar nuestra atención, preguntándole qué significaba aquello.

—Ese es el *Galofón*,—nos dijo:—instrumento que ustedes no conocen, y que sirve para anunciar la media noche, hora de dar principio á la fiesta; ha sido inventado por el autor de la ópera sólo con ese objeto, y esta noche se estrena.... Pero ¡silencio!!—exclamó de repente, interrumpiéndose y mirando con gran fijeza un extraño conjunto de personas, que en procesión singular, parecían dirigirse en demanda de un kut-klit muy adornado, que allá en las sombras profundidades de la sala, se vislumbraba.—Creo que el primer Mandarín ha llegado, y que muy pronto empezará la función.

Con efecto; un golpe de campana anunció al público que el primer Ministro del imperio acababa de presentarse en el teatro, y una luz eléctrica, apareciendo y desapareciendo porción de veces seguidas, sobre la base superior de la gran pirámide, le dijo asimismo, que la función iba á comenzar.

Zumingarao nos encargó entonces la mayor atención; advirtiéndonos, que tuviésemos preparadas las cajitas que en el camino nos había entregado, para hacer uso de su contenido, cuando él nos lo indicase.

En tanto que Zumingarao nos hacía las anteriores advertencias, el Crítico, que desde nuestra llegada al teatro, no había cesado un momento de asestar los gemelos en todas direcciones, revolviéndolos con la impaciencia febril de todo aquel que busca una cosa, de cuya existencia está seguro, pero que no encuentra sin embargo, exclamó al fin, dándose golpes en la rodilla:

—Pero... ¿Dónde está el escenario de este teatro, que no lo veo por ninguna parte? ¿Dónde van á colocarse los artistas para ejecutar la obra...?

—Sobre los andamios,—dijo muy serio Zumingarao.

—¡¡Qué dice usted!!

—Que como la misión de los artistas en esta obra, es figurar que construyen una torre, ningún otro escenario más adecuado al objeto, ni más verdadero, que los mismos andamios adjuntos á esa misma torre. Cada noche aparecen un piso más alto, para indicar lo que han adelantado en su trabajo el día anterior, y así continúan hasta la terminación de la obra.

—¿Y es ese todo el argumento?—preguntó el Crítico.

—Nó señor; el argumento se ha formado de los cien mil asuntos diversos, tema de las conversaciones de todos aquellos infinitos trabajadores, y que el autor de la ópera, hombre de una inteligencia nada común y profundo conocedor del idioma babilónico, ha sabido reproducir con una verdad y una riqueza de detalles, sorprendentes.

—Interesantísimo argumento debe ser entonces.

—Ni más ni menos que el de cualquiera otra obra moderna; solo que ésta tiene la ventaja sobre todas las demás, de haber sido escrita en el mismo idioma de los personajes que en ella figuran.

—¿Y á eso llama usted una ventaja?—preguntó el Dibujante.

—Sí, señor;—repuso Zumingarao;—le llamo una ventaja, por que debiendo ser estos personajes naturales de la célebre ciudad, y suponiéndose la acción de la obra en aquellos tiempos, hablar en otra lengua que no sea la del país, se me figura una estupidez, nada conforme con los principios, modernamente establecidos. ¿Vamos caminando tras la verdad, tras el realismo en el arte? Pues bajo tal punto de vista, sería falso del todo, y por añadidura ridículo, que un personaje caldeo por ejemplo, nos hablase ó nos cantase en polaco, ó que una persa nos refiriera ó nos recitara sus cuitas en alemán. *La Torre de Babel* es, pues, superior á todas las obras de su género, como ya he dicho antes, porque en ella, todo, ó casi todo, es real y verdadero.

—Maestro,—¿qué opina usted de este asunto?—preguntó el Crítico encarándose con el sujeto aludido.

El Maestro, esquivando mañosamente la respuesta que se le exigía, articuló una especie de gruñido, que hizo reír al Dibujante, volviéndose del lado contrario; entonces el Crítico, sin hacer caso de la estratagemata practicada por él, dijo:

—Todavía me falta saber una cosa: el lugar donde se halla colocada la orquesta; porque supongo que no la situarán también sobre los andamios, como á los otros artistas.

—Nó, señor; la orquesta no debe nunca aparecer á la vista del público, porque de ese modo, roba todo su efecto á las obras. Entendiéndolo así el autor de *La Torre de Babel*, ha acordado, después de maduro examen, y tras muchos años de estudiar el caso, el meterla dentro de un inmenso aparato, construido en forma de campana, enterrándolo todo, bajo la gran pirámide. Para que los sonidos puedan llegar á la superficie y hasta el lugar donde los artistas se encuentran, el aparato susodicho lleva adherido en la parte superior un gran tubo de cautchou, de un diámetro que varía entre dos y tres metros, al cual vienen á unirse otros

cien mil tubos más delgados y muy semejantes á las mangas de riego, que son los que directamente conducen el sonido á los andamios, estableciendo así la comunicación entre unos y otros.

El efecto mágico que produce esta orquesta invisible, cuyos acordes parecen brotar de entre los piés de los cantantes, no es cosa que yo pueda explicar á ustedes.

—Ni es necesario; ya lo supongo yo, sin que usted nos lo explique;—dijo el Dibujante.

—Pero esa gente ¿cómo se dirige, hallándose los unos por el cielo y los otros enterrados?—gritó el Maestro, no pudiendo ya contenerse.

—De una manera muy sencilla: por medio de trescientos metrónomos, en un todo iguales al que ven ustedes allí;—dijo Zumingarao, indicándonos la cúspide de la pirámide.

Levantamos la vista en la dirección marcada, y con efecto, ayudados por los cristales de nuestros gemelos, descubrimos sobre la base superior una figura mecánica de tamaño colosal, la cual, mediante un aparato de relojería, cuyo manejo estaba confiado á un profesor músico de los más notables, la figura marcaba cada tiempo del compás, asestando terribles martillazos sobre una gran campana que tenía delante.

El Maestro, no satisfecho todavía y creyendo que los metrónomos por sí solos no bastan para dirigir una obra, por sencilla que ésta sea, hizo presente sus dudas á Zumingarao, el cual dijo:

—Los metrónomos sólo sirven para batir el compás de una manera fácil de oír por todos los artistas, ya que les sería de todo punto imposible verlo, dada la particular disposición en que se encuentran; pero para darles las entradas y la letra, hay además tres mil apuntadores provistos de bocinas de gran alcance, y otros tantos colocados en el interior de la pirámide, para indicarles las salidas, y para relevar á los primeros.

—Y cuando los artistas quieren cantar ad libitum una pieza cualquiera, aria, dúo ó concertante, acelerando ó retardando el compás, haciendo puntos de reposo sobre aquellas notas de más fácil emisión para ellos ó que, á su juicio, puedan prestar más brillantez al conjunto ¿cómo se las arreglan?

—En primer lugar—dijo Zumingarao—*La Torre de Babel* pertenece á una escuela donde los cantos ad libitum, los puntos de reposo, los rallantandos y demás antiguallas tan usuales en las obras de otro género, en ella carecen de efecto; pero aún cuando así no fuera, los artistas tendrían muy buen cuidado de no extralimitarse en nada de cuanto el Maestro les hubiese ordenado,

cantando su parte sin alteraciones que puedan desvirtuarla, y observando el compás, con todo el exacto rigor, del metrónomo que se lo indica. Además, en la música de esta índole, no existen arias ni dúos ni pieza alguna de ese género. La ópera está toda ella escrita en recitados, con acompañamiento de coros.

—¡¡Qué bonita debe ser entonces!!—exclamó el Dibujante.

—Para usted,—replicó Zumingarao,—tal vez no lo sea; pero para el Maestro, que como todos sabemos, sólo aspira á ver realizada la verdad en el arte, si lo será.

—Cierto que sí,—repuso el Maestro añadiendo:—Yo bien sé, que algunas veces el canto ideal puede impresionarnos; pero nunca llegaríamos con él á expresar las pasiones, los dolores ni las alegrías, con tanta verdad, como en un recitado; así, pues, se gana un paso, desterrándolo del arte. Un hombre que se muere entonando un adagio, es siempre ridículo.

—Mientras que si se muere recitando, ya no lo es;—balbuceó el Crítico, conteniendo á duras penas la carcajada.

—Justamente; porque al hacerlo así, obra de una manera natural. ¿Qué otra cosa, sino un recitado, son las últimas palabras de un moribundo? ¿Las extrañas inflexiones de su voz, en ese instante supremo de la vida, se parecen en algo á la ordenada sucesión de sonidos, indispensables á constituir una frase melódica? Recitando es como únicamente se imita la palabra, aproximándonos á la verdad, y no de otro modo.

—Y si el recitado fluctúa entre dos ó tres tonos menores, mucho mejor. ¿No es cierto?—volvió á replicar el Dibujante, añadiendo:—Hombre, pues si de lo que se trata es de imitar la palabra, todas esas caminatas en pos de la verdad, y todos esos trabajos por conseguirla, se me figuran inútiles. ¿Hay más que suprimir la música, y será mucho más verdad todavía?...

El Maestro, que se atacaba de los nervios siempre que entablaba cuestiones con el Dibujante, abría ya la boca para replicarle, cuando Zumingarao, apoyando una de sus manos sobre el botón que transmitía al aparato el movimiento de vaivén, y oprimiendo con la otra el brazo del Maestro, exclamó:

—Silencio, señores; la obra va á comenzar, y no quiero que pierdan ustedes de ella ni un solo acorde.

Con efecto; un silencio profundo había reinado de pronto en el teatro; silencio aterrador, que no era turbado por el más ligero murmullo, porque si alguno de los espectadores hablaba á sus compañeros, lo hacía en voz tan baja, que el eco de sus palabras, confundido bien pronto con el débil sople de la brisa nocturna,

volaba arrebatado por ella, mucho antes de ser perceptible para nosotros. Todos nos mirábamos con dificultad, á causa de la escasez de luz, diciéndonos más con los ojos en un solo instante, que hubiéramos podido decirnos con la boca, en todo un mes de continua charla. Percibíamos claramente el latido de nuestros corazones, y acordándonos á tiempo todavía del encargo de Zumingarao, preparamos las cajas, aguardando la indicación suya para abrirlas.

Este, que después de haber pronunciado sus últimas palabras, se había quedado sin movimiento y con los gemelos fijos en la gran pirámide, los apartó, por último, con un movimiento rápido, arrojándolos sobre un cojín, y diciéndonos:

—Ahora, las cajas, pronto.

Nos apresuramos á obedecer la orden, abriéndolas, encontrándonos con que todo lo que se encerraba en ellas, era un par de guantes, una especie de pantalla tejida de finísima paja de arroz, pintada de verde y dispuesta de manera que fácilmente podía adherirse á la frente, á modo de visera, y una pequeña cantidad de algodón, cuya extraña mercancía no pudo menos de sorprendernos, por lo que nos quedamos parados, y mirando á Zumingarao.

Á éste no debió parecerle muy natural nuestra sorpresa, porque, después de mirarnos atentamente dos ó tres segundos, nos dijo:

—Hagan ustedes lo que yo.

Desde entonces, á imitación suya, empezamos por calarnos los guantes, que como confeccionados á capricho, unos resultaban pequeños y otros más holgados de lo que fuera de desear; defectos que pudimos corregir fácilmente, cambiando de cajas; hecho lo cual y viéndonos ya Zumingarao con las manos preparadas para la fiesta, nos dijo, entregándonos su cartera:

—Como ya no es fácil, que de aquí á que termine la noche, volvamos á dirigirnos la palabra, debo advertir á ustedes, que cuando deseen preguntarme alguna cosa durante la representación, se sirvan de la cartera, escribiendo en ella todo lo que quieran saber; yo les contestaré en la misma forma, y así podremos entendernos fácilmente, que de otro modo sería imposible. Ahora, procuren ustedes acomodarse dentro de los oídos todo el algodón de que disponen, apretándolo bien para que no se salga con la trepidación ó al hacer un movimiento cualquiera; además, y esta es mi última advertencia, no dejen ustedes de mirarme, para colocarse las pantallas, que todavía son inútiles, en el momento que yo lo indique.

Dicho esto, empezó Zumingarao á rellenarse los oídos, introduciendo en ellos pequeñas bolitas de algodón, que apretaba luego con singular complacencia, imitándole nosotros, no tan alegres, y pensando en el pasquín que á la entrada nos había traído, el cual iba ya poco á poco haciéndonos inteligible.

Aún no habíamos terminado nuestra faena de obstrucción, cuando el gran metrónomo dejó oír las primeras campanadas del compás, desgarrando al fin la orquesta el primer acorde del preludio, con que daba principio la ópera.

VIII

Decir lo que en el público sucedió, al esparcirse por los aires las notas furiosas de aquel primer acorde, es imposible.

El Dibujante, que muy tranquilo arreglaba sus bártulos, preparándose para tomar un diseño de la pirámide, rasgó el papel con la punta del lápiz al trazar la primera línea, y aquél se rompió también, al chocar contra el tablerillo sobre que dibujaba.

Uno de los Corresponsales estuvo á punto de dislocarse un brazo, al querer huir.

El Maestro frunció las cejas, y á los restantes, nos acometió un temblor nervioso, de muy mala especie.

Los ascensores comenzaron á funcionar con horrible estrépito, subiendo y bajando rápidamente, llenos de espectadores desmayados ó contusos, que hubo que trasladar fuera del teatro, llevándolos al café unos, y á las casas de socorro los restantes.

El barullo del público era espantoso.

—¡¡Buen principio!!— me indicó por señas el Dibujante.

Zumingarao, nos tranquilizó, entregándonos una hoja de su cartera en donde había escrito que aquello no era nada, y que pronto se calmaría la agitación del público. Así fué con efecto. El público, antes tan bullicioso, volvió á guardar el más absoluto silencio; pero cambiando ahora de actitud y alargando el cuello, con las dos manos colocadas tras las orejas á guisa de pabellón, y en la forma que es usual, siempre que se quiere oír bien una cosa.

Todo el mundo escuchaba ó aparentaba escuchar algo, haciendo demostraciones de agrado que nosotros no comprendíamos, por lo que recurrimos á la cartera, preguntando á Zumingarao qué significaba aquello.

—Están escuchando el pianísimo á la moderna, que ejecuta la orquesta,— escribió éste.

Con la anterior aclaración, quedó para nosotros suficientemente explicada la pantomima.

En efecto; el ilustrado público tenía noticias, no se sabe por quién, que una vez desgarrado el primer acorde, la orquesta debía ejecutar un pianísimo á la moderna, del género llamado superfino, y como era natural, todo el mundo se disponía á escuchar aquel asombro de ejecuciones delicadas, sin perder una nota.

La orquesta, por su parte, se mostraba á la altura fabulosa de su gran renombre, interpretando el pianísimo de un modo inverosímil; tanto, que á nosotros nos fué de todo punto imposible oírlo, por más que lo procuramos de cuantas maneras son imaginables, empezando por alargar el cuello como los demás y concluyendo por quitarnos los algodones.

Por último; en vista de que nuestros esfuerzos resultaban inútiles, desistimos del empeño, abandonando la actitud anterior, por cierto nada agradable, y recostándonos sobre los cojines, muy dispuestos á dormirnos, hasta la terminación de la fiesta.

Cerramos los ojos á este fin, aguardándola pacientemente, y ya la modorra iba apoderándose de nuestros sentidos, cuando el espantoso tableteo de una nutridísima salva de aplausos, nos hizo levantar sobresaltados, empuñando los gemelos, y procurando inquirir la causa de aquel nuevo alboroto.

Todo se reducía á que el público, guiado por la gran campana del metrónomo superior, había contado trescientos noventa y tres compases, número de que se componía el período musical, que en tan desafortunadas muestras de aprobación acababa de hacerle prorrumpir; y aun cuando de él no había escuchado un solo acorde siquiera, aplaudía, sin embargo, hasta romperse los guantes, gritando como enérgimenos y exigiendo la repetición.

Nosotros, sorprendidos de aquel general entusiasmo, para el cual no hallábamos causa justificada, aplaudimos también, por no parecer menos inteligentes que los otros; pero ni sabíamos por qué se aplaudía, ni qué cosa era la que se aplaudía.

Para averiguarlo, recurrimos como siempre á Zumingarao, preguntándole qué demonio de alboroto era aquel

—Es, que el público manifiesta á los señores profesores el gusto con que se les ha oído.— escribió Zumingarao.

— Pero... ¿Qué han hecho los señores profesores, para merecer esas manifestaciones de agrado?— escribió el Crítico;— aparte del furioso acorde primero, ¿ha vuelto á sonar una sola nota? En

ese caso, confesamos ingenuamente no haberla oído, y cuidado que nos preciamos de buenos auditores.

—Cierto; de muy buenos auditores, pero que carecen de la educación musical que hoy requiere toda persona, que pretenda darse cuenta de cierta clase de ejecuciones delicadas.

—Yo creo,—repuso el Crítico,—que para el acto material de oír bien, no se necesita más educación musical, ni otra cosa, sino tener expedito el órgano auditivo; en cuyo caso, el maestro consumado y el aprendiz más indocto, son enteramente iguales; digo, á menos que los sonidos de hoy pertenezcan á distinto género, en cuyo caso....

—Nó, por cierto,—escribió Zumingarao;—los sonidos de hoy son en un todo iguales á los sonidos de ayer; pero se producen de muy diverso modo, y ahí está la dificultad.

Los profesores de violín, por ejemplo, que, como todos sabemos, apoyaban antiguamente el arco sobre las cuerdas, pasándolo sobre ellas, todas las veces que querían hacerlas vibrar, desconocían por completo los procedimientos de la nueva y delicadísima escuela, recomendada hoy en todos los Conservatorios de la China, y que consiste, entre otras muchas cosas, en llevarlo suspendido, diez centímetros por encima del diapason, con lo cual se consigue herirlas, de una manera aérea, nunca vista ni oída, pero del más agradable efecto.

A semejanza de los violinistas, todos los demás profesores, pulsán sus instrumentos en una forma análoga, y así resulta el sublime conjunto que ustedes pueden suponer, aun cuando no oír.

Ahora empezará á iniciarse un fortísimo, también á la moderna, en el cual debe tomar parte la banda chinesca, que ya conocen. Oigan ustedes con atención la marcha progresiva de este magnífico período musical, porque es seguro que ha de sorprenderles.

Aún no había concluido Zumingarao de escribir lo que antecede, cuando efectivamente, empezamos á oír unos lejanos y confusos ronquidos, imperceptibles en un principio, pero que poco á poco se fueron acentuando, hasta convertirse en una verdadera tempestad de escalas cromáticas, ejecutadas por todos los instrumentos bajos y acompañadas por los violines en la *trigésima* posición, inventada al efecto por el autor de la ópera.

A este ruido incalificable, y de género completamente nuevo para nosotros, venía á unirse de vez en cuando, otra especie de chirrido, muy semejante al que producen las carretillas serranas

cuando van de marcha en el verano; chirrido estridente, que muy pronto se haría imposible de resistir, ni aun con algodones.

Preguntamos á Zumingaro qué era aquello, y éste nos dijo:

—Ese chirrido que á ustedes sorprende, y cuya causa no se explican, lo produce un instrumento llamado *Chirrofón*, del cual se sirve el autor de la ópera con mucha frecuencia, para imitar el ruido de los carros y carretas, empleados en conducir materiales para la construcción de la torre.

Además del *Chirrofón*,—prosiguió diciendo,—sorprenderá á ustedes también, por lo raro, el *Tejofón*, que es otro instrumento cuyo sonido, enteramente igual al que produce el choque de dos tejas, imita con toda propiedad el de los materiales, al ser trasladados de un punto á otro.

Tanto los dos instrumentos ya mencionados, como el *Mezclofón*, y cada uno de los cincuenta y siete individuos de su familia, todos los cuales han sido inventados por el autor de la ópera, juegan en ella un papel interesantísimo, ejecutando á cada paso solos, de una belleza de la que no pueden ustedes tener idea.

—Pero ¿á qué conducen todos esos desagradables instrumentos?—escribió el Dibujante.—Para cuanto al autor hubiera podido ocurrírsele imitar en su obra, ¿no existen, por ventura, otros muchos de que disponer, cada uno de ellos más propio, mejor y más agradable, que el del estridente chirrido y que el lamioso *Mezclofón*?...

—Amigo mío,—dijo Zumingaro;—esos son procedimientos enteramente modernos, que usted no comprende. Hoy cada maestro está obligado, no sólo á inventar la música de sus óperas, sino que también, y esto es de suma importancia, los instrumentos necesarios al mayor éxito de las mismas.

—Es decir,—escribió á su vez el Crítico— que los autores modernos no tienen bastante todavía con el instrumental conocido; y que sus habilidades, y todos los otros esplendores de sus profundos é ilustrados entendimientos, no pueden lucir debidamente en sus obras, si al número ya considerable de aquéllos, no reúnen otros diez ó doce, de su invención particular. ¿No es así? Pues mucho mejor sería, que esos autores modernos, en vez de perder el tiempo inventando mamarrachos, apellidados instrumentos músicos, y bautizados luego con un nombre cualquiera, griego ó latino, se ocuparan en estudiar, en conocer y escribir correctamente los ya inventados, con lo cual ganarían ellos, el arte y el sentido común.

—Vaya, Maestro,—escribió el Dibujante.—A usted, más que

á nadie le corresponde hablar ahora, manifestándonos cuáles sean sus ideas. ¿Opina usted bien de esas invenciones estrafalarias?

El Dibujante colocó la cartera en manos del Maestro, muy satisfecho de la respuesta que ya creía adivinar en sus labios, y contento, porque sabía que con su lectura iba á proporcionarle algunos minutos de sufrimiento.

El Dibujante se engañó, sin embargo, al creerlo así, y muy luégo pudo convencerse, que el Maestro no se hallaba en disposición de hablar ni de escribir, ni tan siquiera darse cuenta de lo que en derredor suyo pasaba.

Abstraído por completo mirando al cielo, con la vista fija, el rostro bañado en copioso sudor, los ojos inyectados y queriendo saltar de sus órbitas, y pálido como la muerte, escuchaba entonces, sin dar cuerdo de sí, el infernal ruido de la orquesta, que aumentando cada vez con mayor furia, había llegado por último, al máximun del crescendo.

Verdaderamente, sólo en el infierno, se puede concebir un desconcierto más horroroso; porque no era ya el ruido más ó menos fuerte de muchos centenares de instrumentos, sonando todos á la vez y á cual más podía. No era tampoco el formidable repiqueteo de la banda chinesca, que también había entrado en danza, amenizando el acto con sus redobles. Era un atronador zumbido, discordante y prolongado, que hería el tímpano destrozándolo, y que penetraba en el cerebro, oprimiéndolo dolorosamente y causando mareos y náuseas.

Zumingarao, que desde que escribió sus últimas palabras, solo se había ocupado en azotarse la espalda con su larga y bien peinada trenza, aprovechó un instante en que nuestras miradas se cruzaron, para recomendarnos por señas, un poco más de paciencia, y mostrándonos la gran pirámide, escribió rápidamente:

— Atención ahora, y mucho cuidado con que no se salgan los algodones, porque va á comenzar el sublime unísono, de *Mezclofón*, los cincuenta y siete individuos de su familia, partes y coro, y no quiero que un ligero descuido pueda ser causa para ustedes de una terrible desgracia.

Como movidos por un resorte, todos levantamos las manos á la altura de nuestros oídos, procurando introducir en ellos cuanto fuera posible, la materia que los obstruía, y sin apartar la vista de la gran pirámide, donde comenzaba á esparcirse un débil reflejo, que tiñendo los objetos con su luz vaga, los hacía mucho más visible para nosotros.

En aquella fábrica colosal, muda y sombría hasta entonces, acababa de verificarse una transformación completa.

Millares de artistas, que habían aguardado ocultos en su interior el momento supremo de dar principio al unísono de que ya teníamos noticias, á un grito formidable lanzado al aire por las tres mil bocinas de los apuntadores, fueron saliendo en el mayor silencio, y cual si obedecieran una consigna dada con anterioridad, habían ido caminando sobre los primeros andamios, hasta colocarse en el sitio que á cada uno de ellos le estaba designado.

El efecto que en nosotros produjo aquella aglomeración de artistas, cuyas formas borradas ó confundidas por la distancia, les hacía aparecer á nuestros ojos cual fantásticas sombras, y á quienes estaba confiada la misión de figurar los infinitos trabajadores de la célebre torre, no es cosa que pueda explicarse.

Una luz extraña iluminaba esta escena que no carecía de cierta grandeza, en medio de su chocante originalidad, y á la cual imprimía mayor carácter, si es posible, el ruido de campanas de los metrónomos, los gritos repetidos de los apuntadores advirtiéndolo á los artistas que estuviesen prevenidos, y finalmente, los aullidos sobrehumanos de éstos, al formular el primer acorde de aquel rabioso exabrupto, hijo queridísimo de la dislocada mente del más grande genio de nuestra época.

IX

Hora y media llevábamos ya de unísono, cuando el público empezó á dar nuevas señales de vida, manifestando con sus desesperadas actitudes, con sus movimientos desordenados y con su incesante manoteo, la exquisita sensibilidad que le adornaba, y el daño terrible que en sus organizaciones diversas producía la audición de tan sorprendente música.

Hasta los Corresponsales habían hecho desaparecer de sus labios la risita burlona, que desde el principio de la ópera no cesó un punto de brillar en ellos, arrojando al suelo en un momento de rabia los cuadernos de notas que conservaban abiertos y extendidos sobre sus rodillas, y preguntando á Zumingarao con ademán abatido, cuánto tiempo iba á prolongarse aquel terrible vocerío.

Zumingarao, sin contestar directamente á los Corresponsales, y sonriéndoles de la manera más graciosa que pudo, escribió:

—Faltan todavía las pausas de los *Mezclofones*.

—¡Las pausas!—¿Y qué quiere decir eso?—preguntó el Crítico.

—Quiere decir,—escribió Zumingarao,—que durante un período musical de seis mil ochocientos compases, en los que se ha procurado repartir las figuras de manera que siempre resulten dos ó tres silencios, en cada uno de ellos, los *Mezclofones*, realizando verdaderos prodigios de imitación, se aprovechan de esos silencios, para dejarnos percibir todos los variados zangoloteos del barro, en sus notabilísimas transformaciones de barro duro, barro algo más blando, y finalmente mezcla.

—¡Oh! ¡qué asco!—exclamó el Dibujante, escribiendo de seguida:—¿Y no podía el autor haberse excusado de enseñar al público tales cosas?

—De ninguna manera. ¿Cómo iba entonces á imitar el ruido de la mezcla, tan indispensable en la construcción de una torre? Convenga usted en que de ningún otro modo podría haberlo hecho mejor, ni más en armonía con los procedimientos que el arte moderno recomienda.

—Ya oye usted, Maestro; ya ve usted á que extremo pretenden llevar los autores modernos el arte músico, y qué papel tan interesante el que le reservan en sus obras,—dijo el Dibujante.

—Pero, en fin; esto ¿cuándo se acaba?—escribió con mano trémula, y sudando como un desesperado, uno de los Corresponsales.

—Una vez terminado el preludio de *Tábanos y Cigarras*, podremos descansar un rato;—dijo Zumingarao, añadiendo:—Esta original composición, que es ejecutada por doscientos setenta óboes, á los que acompaña una gran *Carrañaca*, movida al vapor, es el trozo musical más bello y delicado que puede concebirse, y estoy seguro, que en las dos horas y cuarto que tiene de duración, han de disfrutar ustedes mucho más que en todo el resto de la obra.

—¡Dos horas y cuarto, Dios mío!!—exclamó el Dibujante.

—Próximamente, el tiempo que empleaban en la siesta los babilonios,—siguió escribiendo Zumingarao,—porque es necesario que ustedes sepan que la torre de Babel se empezó á construir en el verano, según ha logrado averiguar el autor; y como quiera que en el verano, y á ciertas horas del día, es costumbre dar tregua á los trabajos, abandonándolos un buen espacio, y retirán-

dose los trabajadores á descansar, ha calculado, que para expresar con entera verdad todas estas cosas, ninguna otra habría tan oportuna, como un intermedio de *Tábanos* y *Cigarras*, únicos é interesantísimos seres, que tanto cuanto mayor es la calma, más profundo el reposo y más sofocante el calor, tanto más alegres y animados son los ecos de sus cantares. Ya ven ustedes, pues, que en esta obra todo se ha previsto; todo es verdad; todo es conforme á la naturaleza.

—Sí; buena naturaleza te dé Dios;—exclamó el Crítico.

—Ahora,—prosiguió Zumingarao,—coloquémonos las pantallas, porque muy pronto van á iluminar el teatro, y no sería extraño, que cojiéndoles desprevenidos la iluminación, pudiera alguno de ustedes quedarse ciego. Estas salidas del sol á la moderna, suelen ser terribles para los que no tienen la costumbre de ellas.

Mucho tuvimos que agradecer á Zumingarao la advertencia, porque, con efecto, aún no habían transcurrido dos minutos, cuando una claridad intensísima, surgiendo súbitamente de todos los ámbitos del teatro, vino á rasgar, por decirlo así, de una manera brusca, la especie de penumbra, que hasta entonces nos había rodeado, alumbrando la escena, con una fuerza de luz incomparable, y haciéndonos bajar la cabeza, con los ojos cerrados, apesar de las pantallas, insuficientes aún, para preservar nuestra vista de sus potentes rayos.

Al fin, había salido el sol; pero en vez del agradable concierto, con que la naturaleza entera parece festejar cada mañana la nueva aparición del radiante astro del día, en el teatro, por el contrario, fué saludada esta aparición con un desordenado tumulto, de voces y de lamentos, proferidos por los mil infelices á quienes había dejado ciegos para siempre el espantoso resplandor de tres millones de luces eléctricas, prendidas en un solo instante, sin más ceremonia.

Los ascensores volvieron á la interrumpida faena de subir y bajar, acompañados esta vez por las imprecaciones de los ciegos y los gritos estridentes de los locos, que gesticulaban como endemoniados, azotándose unos á otros.

Semejante escena llegó, por último, á impresionarnos, y temblando de horror, decidimos huir del teatro, levantándonos al efecto y precipitándonos contra la puerta del kut-klit.

Zumingarao adivinó nuestro intento y nos contuvo, después de mil signos, con los cuales trataba de hacernos entender, que todo lo que ocurría era una cosa muy natural dadas las condicio-

nes de la obra que escuchábamos, y por tanto, que no había razón alguna para sorprendernos de ello.

Calmado nuestro sobresalto, aun cuando no del todo tranquilos, volvimos á ocupar nuestros asientos, disponiéndonos á continuar el interrumpido diálogo y siempre á la expectativa de echar á correr en la primera ocasión.

Los artistas proseguían á todo esto, muy satisfechos del resultado, su estrepitosa y monótona conversación á gritos, que no otra cosa podía llamarse aquella cantinela insulsa é inverosímil, que ni era cantar, ni hablar, ni recitar, sin importárseles un ardite el clamoreo del público, el atroz estruendo de los ascensores, el eterno zumbido de los pedales y, finalmente, el estampido horroroso de dos inmensas calderas de vapor, que acababan de estallar, desgracia que reducía á dos pedales menos el número infinito de los que con ellas se imitaban.

X

Seis horas llevaba de empezada la función, y aún no había concluido el primer acto, ni habíamos podido averiguar el tono en que estaba escrita ninguna de sus partes.

Una confusión horrorosa nos atolondraba, porque divididos los artistas en numerosos grupos, unos cantaban en *seis por dos*, otros en *cinco por cuatro* y el resto en *cuatro por ocho*. Era de todo punto imposible resistir aquel barullo más tiempo, sin enloquecer, y ya algunos de nuestros compañeros lo habían probado, desmayándose.

Uno de los Corresponsales, que había caído al suelo, á poco de la salida del sol, continuaba desmayado, aun después de media hora, sin que hasta entonces nos hubiera sido posible hacerle recobrar la razón.

El Crítico, con la cabeza metida bajo los cojines de su asiento, se revolvió, víctima de la más atroz convulsión, y hasta el Maestro, no poco emocionado con la sublimidad de la ópera, lloraba á lágrima viva, si bien no hubiera podido asegurarse, que sus lágrimas fueran de placer, ó efecto de algún ataque de nervios.

Zumingarao comprendió, á una mirada nuestra, que debía dar órdenes para que condujesen á nuestros amigos á otro sitio, y al efecto, hizo funcionar un mecanismo, por medio del cual,

quedó al descubierto el extremo superior de una escala, por donde se comunicaba con uno de aquellos caminos subterráneos, que daban paso al Café.

Inmediatamente, aparecieron dos criados, los cuales, á una orden de su señor se apoderaron de nuestros amigos, desapareciendo con ellos por la misma trampilla, que Zumingarao, siempre previsor, dejó abierta por lo que pudiera suceder.

Luégo que hubieron desaparecido, el Dibujante, que aun cuando muy pálido, era, sin embargo, el que de entre todos nosotros conservaba más fuerzas, se apoderó de la cartera escribiendo rápidamente:

—¡Pero, Dios mío...! ¿Qué es lo que aquí sucede?

—Ya lo ve usted,—escribió Zumingarao;—están edificando la Torre de Babel.

—¡¡La torre de Babel!!—repuso el Dibujante.—Yo no veo nada más, sino que me voy á morir, si se prolonga mucho tiempo.

—Hombre, pues no merecía la pena de hacer un viaje desde Europa, para oír la ópera, si al cabo había usted de salir diciendo esas cosas.

—Es verdad; pero quién había de imaginarse cuando aún no habíamos salido de ella que íbamos á presenciar lo que vemos.

—Cualquier persona medianamente instruída de lo que el arte es en el día; y si nó, dígame usted, cómo le parece que debía el autor expresar la confusión de Babilonia. ¿Quizás por medio de un dúo muy tierno y sensible entre el tenor y la tiple? ¿Cantando algún coro? ¿Escribiendo un concertante? Yo creo que esos antiguos procedimientos no encajan aplicados en ciertos casos, y estoy firmemente persuadido, que sólo del modo que usted oye, es como está bien expresada, y cómo se acerca á la verdad.

—Pues ni aún así me lo explico; porque si bien es cierto que entre los trabajadores de la torre se produjo esa confusión á que usted alude, esto, no ocurrió al empezar sus trabajos, sino cuando ya se hallaban á considerable altura. Si el autor faltando á esa verdad tan decantada la coloca en el principio ¿qué reserva entonces para el final?

—¡Oh...! para el final—escribió Zumingarao,—deja á cada profesor de orquesta y á cada cantante, en libertad absoluta de tocar ó de cantar lo que mejor le cuadre, en el tono que más le guste, y en el compás que le dé gana; que es como únicamente puede traducirse la confusión de lenguas de una manera *ininteligible* y verdadera.

—Verdad infame que nadie en el mundo puede resistir.

—Tras eso vamos, amiguito,—dijo Zumingarao;—tras de educar convenientemente al mundo, para que las resista..., las comprenda y las aplauda como merecen.

—Pero, señor,—se apresuró á escribir el Dibujante.—¿Dispone el arte de todos los elementos necesarios para llegar á ese mismo resultado, de una manera lógica, racional y verdaderamente artística? ¿Sí? Pues por qué recurrir entonces á extravagancias ridículas, sólo para buscar novedades, que después de todo no lo son, si estas novedades no han de decir nada al entendimiento, ni mucho menos al alma.

—¡¡Ay, amigo mío!!—escribió Zumingarao—¡Cómo se conoce que vive usted completamente alejado del gran mundo musical! De otra suerte, no le sorprendería tanto lo poco que hasta ahora ha podido oír de la ópera. Tenga usted un poco de más calma, que ya irá viendo cosas buenas

—Tendré todo lo que usted quiera,—dijo el Dibujante;—pero desde ahora mismo renunció para siempre á la música sublime de este género. ¡¡Horror!! ¡Y que llamen gran genio al hombre que ha concebido este aborto!

—Y lo es con efecto; sólo que su genio no se halla al alcance de usted.

—Eso dicen en mi país los sabios de pacotilla, cuando explican las excelencias de alguna obra que ellos no entienden, á otros que no la entienden tampoco.

Apenas el Dibujante había concluido de escribir lo que antecede, le acometió un vértigo, que derribándole, le hizo rodar hasta la boca de la trampilla, por la que se hubiera precipitado, sin el oportuno auxilio del Corresponsal, que hallándose cerca, pudo contenerle.

El Maestro, enjugándose las lágrimas, se quitó de enmedio, mientras que nosotros socorriamos al Dibujante, escapándose por la trampilla, y marchando no se sabe dónde.

Zumingarao volvió á dar órdenes para que condujeran al Dibujante fuera del kut-klit, aproximándose á mí no recuerdo con qué objeto, en ocasión que empezaron á zumbarme los oídos, acometiéndome una congoja tan grande, que me fué preciso tomar asiento, haciéndome aire con el pañuelo.

A Zumingarao debió sorprenderle sin duda alguna la palidez que había cubierto mi rostro, y con el fin de evitar ulteriores consecuencias, me cojió del brazo instando vivamente para que nos alejásemos de aquel sitio, á cuyo deseo traté de oponerme, empleando para ello las pocas fuerzas que me restaban, y escribiendo con mucho trabajo.

—¿Y la ópera entonces?

—La ópera, —me indicó por señas, —lugar hay de oirla.

—Es, que no quiero perder unos diseños melódicos sostenidos por los violines en...

—Sí, en la cuerda floja, —escribió Zumingarao, arrebatándome el lápiz antes que yo hubiera concluído la frase, y empujándome suavemente hacia la escalerilla de comunicación, invitando al Corresponsal para que nos siguiera; invitación á que se negó aquél, alegando no sé qué pretexto, que no pude comprender en medio de las fatigas y mareos que ya embargaban mi cerebro.

Una vez en el camino subterráneo, lo primero que se me ocurrió fué desalojar de mis oídos la enojosa materia que los obstruía, con cuya operación sentí un grande alivio, puesto que los mareos y náuseas comenzaron á ceder poco á poco.

Cuando nos presentamos en el salón, un gran número de personas corrió á recibirnos, rodeándonos con solícito afán, y preguntándonos por la salud. Zumingarao me dijo que todas ellas habían padecido la misma dolencia, adoptando idéntico sistema de curación.

Luégo que Zumingarao hubo satisfecho con sus explicaciones, que yo no entendí, la curiosidad de aquellas gentes, nos dejaron libre el paso, y entonces pudimos dedicarnos á buscar nuestros amigos, sirviéndonos para ello de los gemelos, gracias á los cuales logramos avistarlos, allá, en uno de los más recónditos lugares de aquel inmenso edificio, sentados alrededor de una mesa, y al parecer, en discusión acalorada.

Nos dirigimos á ellos precipitadamente, y aún no habíamos llegado á la mitad del camino, cuando el Corresponsal, que ha blando con el Maestro, escribía á la vez muy de prisa no sé qué cosa, acertó á distinguirnos, corriendo á nuestro encuentro apenas nos hubo visto, con los brazos abiertos, y gritando alegremente:

—Chico, ¡¡Magnífica!! ¡¡Admirable!! ¡¡Sublime composición!! Ya estoy escribiendo la revista que deseo terminar lo antes posible, á fin que mañana mismo salga para Europa, donde podrán recibirla á mediados del mes que viene.

—¿Y cómo ha de ser eso, cuando la representación de la ópera, apenas habrá terminado para esa fecha?—dijo Zumingarao.

—Ya lo sé,—replicó el Corresponsal;—pero á mí me tiene completamente sin cuidado, que termine para esa fecha ó para cualquiera otra. Por lo que de ella llevo oído, saco en consecuencia todo lo demás, y con eso me basta.

—Se me figura,—dije yo entonces,—que tu proceder no es de los más cuerdos. Una pieza, dos, un acto entero de una ópera, no son datos suficientes, para que una persona, por entendida que sea, pueda apreciarla en justicia; esto debes saberlo mejor que nadie, y por eso me extraña mucho lo que acabas de decir.

—Habré dicho todo lo que quieras; pero, amigo mío, no hay remedio. La tengo ya casi concluída, y no quiero que un trabajo tan bien ordenado, y en el cual manifiesto de un modo brillantísimo, el poder de mi creadora fantasía, viva oculto en el fondo de mi bolsillo, hasta que regresemos á Europa, ó hasta sabe Dios cuándo.

—Puedes hacer lo que quieras; pero es muy triste, que á sabiendas y de la manera más lastimosa, engañes á tus lectores, comunicándoles noticias que tú mismo ignoras.

—¡Engaño! ¡Engaño!—exclamó el Corresponsal.—¿Y ¿quién te dice que yo los engaño?...

—Hombre, me parece que hablarles de una obra que no conoces...

—Pero ¿no has oído que les digo y les repito más de mil veces que es magistral, soberbia, admirable? Pues aviados estarían los Corresponsales, si para hablar de todas las obras, acerca de las cuales se les exige un juicio, tuvieran que conocerlas de punta á cabo, estudiándolas además por añadidura; cada cinco años publicarían entonces sus revistas, acabando, al fin, por morir de necesidad.

—Hombre! esta es buena; ni la conoces ni la entiendes, y sin embargo, la calificas no sé cuántas veces de sublime y de...

—Precisamente,—interrumpió el Corresponsal,—por lo mismo que yo no la entiendo ni mis lectores tampoco, debo decírselo así, para que tanto los adeptos como los no adeptos, me juzguen un sabio y como tal me alaben y aplaudan los primeros y me respeten y consideren los segundos.

—Tienes razón, amigo, y perdóname; yo creía lo contrario.

—Lo que prueba, que de estos asuntos no entiendes una palabra;—replicó el Corresponsal, jugando con los botones del chaleco y poniéndose sin más ceremonia á continuar la revista.

Zumingarao se sentó entonces, entablando conversación con el Crítico, y yo quedé junto al Maestro, que algo más consolado sin duda, había cesado de llorar, desarrugando algún tanto el ceño.

—Vamos, Maestro,—le dije:—¿Qué tal le ha parecido á usted la obra?...

—Se me figura—respondió—que el autor ha traspasado los límites que el buen sentido aconseja.

El Crítico, que no quitaba oídos á lo que decía el Maestro, exclamó luégo que aquél hubo concluído:

—¡Gracias á Dios que confiesa usted!!, hombre.

El Maestro se vió cojido y trató de enmendar lo dicho, replicando:

—Es decir: confieso, hasta cierto punto, porque de la obra sólo lo conozco una pequeña parte, y muy bien puedo haberme engañado.

—No lo crea usted, Maestro,—dijo Zumingarao.—Lo que usted conoce de ella, es precisamente lo que tiene de más selecto, y si alguna cosa hay en el mundo que pueda aventajarle en bondad y en interés, es únicamente, su mismo desenlace.

—Que si mal no recuerdo,—dijo el Crítico,—el tal desenlace es un verdadero cáos, donde los artistas tienen facultades para hacer lo que se les antoja, sea bueno ó malo... ¿No es eso?

—Justamente; eso es lo que hacen los artistas, cuando empieza; pero después...

—¡Cómo después!—repuso el Crítico.—¿Pues qué, hay más todavía?

—¡Ya lo creo!—exclamó Zumingarao.—¿A usted se le figura que una obra como *La Torre de Babel* debe terminar de cualquier manera? Ese cáos á que usted se refería no hace mucho, ¿le parece novedad, hoy que puede encontrarlo en la primera obra moderna que se tropiece á manos, y cuando á nadie llama ya la atención? *La Torre de Babel* reclamaba para final algo más nuevo, más sorprendente, más verdadero, y el autor, que lo ha comprendido así, ha dispuesto, que media hora antes de terminar la ópera, una máquina infernal, inventada por él mismo y colocada en sitio conveniente, empiece á lanzar proyectiles de gran calibre, que poco á poco vayan derribando el teatro; resultando de la barahunda, á que necesariamente dará lugar tan original cañoneo, el final más grandioso y nuevo que jamás se haya visto ni oído. Una vez deshecho el teatro, la gran pirámide se hunde también en los profundos abismos con todos los artistas que para entonces sobrevivan, y aquí termina la ópera.

—¡Qué barbaridad!...—exclamó el Dibujante.

—Pero ¿y el público?—preguntó el Crítico.

—El público dijo Zumingarao—se escapa el que puede y una vez en la calle, no pára de correr hasta que llega á un desierto cualquiera, donde permanece siete ú ocho meses sumergido en

profundo éxtasis, recordando las muchas bellezas y magnificencias que ha presenciado, y últimamente se muere, que es lo único que ya le resta que hacer.

Cuanto á los espectadores que al comenzar el cañoneo no se dan prisa en desalojar el teatro, ya deben ustedes suponer cuál será el fin que les aguarda.

—Ya lo supongo con efecto,—dijo el Corresponsal;—un fin espeluznante y desastroso.

—El mismo, ni más ni menos, que tuvo la célebre Torre y los que la edificaron.

—¡Oh! ¡qué desengaño tan horrible!—exclamé yo entonces sin poderme contener.

A este punto llegaba la conversación, cuando un alarido espantoso; un ¡ay! sobrehumano, proferido simultáneamente por miles y miles de personas, pasó á través de los gruesos muros de la pirámide, llevando hasta nosotros el eco triste de su lúgubre acento.

Todos nos pusimos de pie, horrorizados y sin darnos cuenta de lo que hacíamos, echamos á correr en dirección al teatro, por si aún era tiempo todavía de salvar al Corresponsal, único de nuestros compañeros que en él había quedado.

Ibamos, pues, en busca de una cualquiera de las entradas subterráneas, en ocasión que salía de la más próxima un hombre desencajado, lívido y con el traje en el mayor desorden, que huyendo desesperadamente, y ciego á no dudarlo por el espanto, se tropezó con nosotros, gritándonos con voz cavernosa, apenas nos hubo reconocido:

—Esos bárbaros se han precipitado cabeza á bajo, y se han estrellado en el suelo, haciéndose tortilla. ¡Oh; qué horror!

—¡Ah; sí! —dijo Zumingarao;—es el final del primer acto, que acaba con el hundimiento de un andamio y para expresarlo con toda verdad, se habrán arrojado al suelo trescientos ó cuatrocientos artistas; eso no es nada.

El Corresponsal, que él era el que nos había comunicado tan funesta noticia, no pudo oír más y cayó desplomado en nuestros brazos.

En tanto que le prodigábamos socorro, dije á mis compañeros:

—Señores, ¿qué les parece todo esto?

—Pues nos parece que mañana tomamos pasaje á bordo del correo de Europa, y que nos vamos.

—Hoy, querrá usted decir; —repuso Zumingarao.

—¡¡Hoy!! —exclamó el Dibujante.

—Si, señor, hoy; porque si usted se toma la molestia de ver el reloj, podrá convencerse que ya son las siete de la mañana.

—¿Pero no oímos la ópera completa?—preguntó con tono lastimero el Corresponsal, que había recobrado el uso de la palabra, á tiempo que nuestros compañeros trataban del regreso á Europa.

—Que la oiga el Maestro si quiere; yo me voy;—dijo el Dibujante, disponiéndose á marchar.

El Maestro articuló dos ó tres frases ininteligibles, volviendo la espalda al Dibujante, y todos nos dirigimos á una de las grandes puertas de salida, por la que muy pronto alcanzamos la calle, atestada aún de heridos y contusos, y cubierta de trages rotos y de todos los despojos que son consiguientes en las grandes aglomeraciones, encaminándonos seguidamente al muelle.

Zumingarao no se separó de nosotros un solo instante; y ya cuando íbamos á tomar la lancha que debía conducirnos á bordo, le vimos dar órdenes á tres ó cuatro criados, que seguidamente aproximaron un balancín, dispuesto por encargo suyo, no muy lejos de aquel sitio.

Preguntamos á nuestro amigo si pensaba dar algún paseo después de nuestra marcha, á lo cual nos contestó sonriendo:

—Nó, amigos míos, es que quiero presenciar el final de la ópera desde Pekín, para que me haga más efecto, y que me marche como ustedes.

Estas fueron sus últimas palabras; apenas pronunciadas, le tendimos los brazos, dándole repetidísimas gracias por su mucha bondad, y despidiéndonos de él, quizás para siempre, saltamos á la lanchilla, que en pocos momentos nos condujo á bordo del *Posma*, tal era el nombre del vapor correo que debía conducirnos.

Cinco minutos después, el buque levó ancla con rumbo á Europa, y nosotros que no quisimos abandonar su cubierta, en tanto nuestras miradas pudieran percibir la simpática figura de nuestro bondadoso amigo, le saludamos todavía una última vez, cuando su forma era ya un punto confuso entre las dos líneas sombrías del cielo y del mar, retirándonos luégo á nuestros camarotes, en donde bien pronto el sueño, reparador de todas las fuerzas humanas, nos envolvió entre sus alas invisibles trayéndonos el descanso, de que tanta necesidad tenían nuestras fatigadas imaginaciones.

Ya era tiempo.

XI

Nuestro viaje de regreso pudimos verificarlo con toda tran-

quilidad, gracias al juramento que todos prestamos, de no hablar más de la ópera, eterna fruta de la discordia.

Una vez llegados á Marsella y poco antes de atracar al muelle la lancha que desde el vapor nos conducía, observé que uno de los Corresponsales, procurando que los demás no lo notasen, extraía de sus bolsillos multitud de papeles, que repasaba ligeramente, rompiéndolos luégo y arrojando al mar sus pedazos.

Esta maniobra repetida porción de veces, llegó á fijar mi atención, asaltándome la sospecha de si serían aquellos papeles los mismos en donde mi amigo había escrito la revista de la ópera.

Con objeto de disipar mis dudas, me aproximé suavemente al Corresponsal, preguntándole qué papeles eran aquellos.

— Los que escribí en China — me respondió, continuando su faena.

— ¿Y los rompes? — le pregunté — ¿no piensas ya publicar...

— No pienso publicar nada, — dijo mi amigo interrupiéndome.

— Haces bien — le dije; — después de todo, quizás el silencio sea la mayor prueba de talento que puede darse en las actuales circunstancias.

— Quizás sea; por de pronto, que nuestros paisanos ignoren de qué género son las magnificencias musicales que nosotros hemos presenciado, con lo cual ganarán el no volverse locos, como á tantos otros ha ocurrido; y á lo menos, ya que se vuelvan, que no sea por mi causa.

— Bien dicho; — dije á mi amigo estrechándole la mano, y ayudándole á saltar al muelle, donde acabábamos de llegar.

Apenas desembarcamos, nuestro primer cuidado fué enterarnos de las horas de salida de los trenes, y habiéndonos dicho que el directo á París no tardaría quince minutos, nos dirigimos á la estación.

Por el camino dije al Corresponsal:

— No puedes imaginarte, querido amigo, cuánto me agrada que hayas cambiado de opinión. Para tí, al menos, no ha sido infructuoso el viaje y quién sabe si algún día te lo agradecerán.

— Es posible que así suceda, — replicó el Corresponsal; — pero en tanto que llega ese día, guardalo para tí y á nadie lo digas; porque eso que tanto te agrada si llegara á saberse por ahí, me haría perder la reputación á los ojos del público, que bien pronto me daría de baja despreciándome.

— Triste cosa es por cierto y que yo no comprendo.

— Ni lo pretendas, porque ignorándolo ganas, — dijo el Co-

responsal á tiempo que penetrábamos en la sala de descanso.

A poco de llegar nosotros dieron aviso á los viajeros y entonces me dijo:

—Con que quedamos en que nadie sabrá el resultado de nuestra expedición.

—Nadie; te lo juro,—le contesté.

—Ea, pues adiós; démonos el último abrazo porque ya parece que nos llaman, y hasta que la buena suerte quiera reunirnos otra vez.

Dichas las anteriores palabras, todos nos abrazamos profundamente emocionados, separándonos poco después para siempre, y emprendiendo distintos caminos.

El Maestro y el Crítico iban á Alemania, el uno á escribir una nueva obra y el otro á criticarla.

Los Corresponsales debían permanecer en París un año todavía, según órdenes de sus directores respectivos, y el Dibujante, después de detenerse en la capital de Francia para estudiar en ella algunos tipos raros, continuaría su viaje á Roma, en cuya Escuela de Bellas Artes estaba pensionado.

Diez minutos después de la marcha de mis amigos, tomaba yo posesión de un coche del ferrocarril del Mediodía y cuarenta y ocho horas más tarde pisaba de nuevo el suelo querido de la patria, volviendo á entrar en ella, mustio, cabizbajo, solo, y lo que es peor todavía, desengañado.

XII

Cuanto á los desgraciados que quisieron presenciar el final de la ópera, todos murieron, unos locos y otros achicharrados. La gran pirámide se hundió en los profundos abismos, y la ciudad ya para entonces abandonada, fué también presa de las llamas, quedando bien pronto reducida á un montón informe de humeantes escombros.

Este es el fin á donde se encamina ese arte sublime, que han dado en llamar arte moderno, y á donde llegaremos desgraciadamente, si Dios no lo remedia, más tarde ó más temprano.

FIN